Alfred Bekker

Trevellian y el hacker: novela negra

Alfred Bekker

Trevellian y el hacker: novela negra

Alfred Bekker

Trevellian y el hacker: novela negra

Trevellian y el hacker: novela negra

von Alfred Bekker

Thriller de Alfred Bekker (Henry Rohmer)

Se hace llamar "El Virus" - y es uno de los hackers más notorios de todos los tiempos. E intenta dar el golpe de su vida descifrando los códigos de acceso de los ordenadores del Pentágono e intentando vendérselos al servicio secreto chino.

Pronto se convierte en un hombre perseguido que tiene que luchar por su vida. Y los investigadores del FBI son el menor de sus problemas...

Thriller de acción de Henry Rohmer alias Alfred Bekker.

Henry Rohmer es el seudónimo del escritor Alfred Bekker, conocido sobre todo por sus novelas de fantasía y libros juveniles. También ha sido coautor de numerosas series de suspense como Ren Dhark, Jerry Cotton, Cotton Reloaded, John Sinclair y el Inspector X.


El Corresponsal

1

Los dedos de Cole tintineaban nerviosos sobre el volante del Mitsubishi negro. Echó un vistazo al Rolex que llevaba en la muñeca.

17.00 h. Hora punta. El tráfico estaba ahora atascado frente a los semáforos de la esquina de la calle Bedford y la Séptima Avenida, como en casi todas partes en Manhattan.

Delante del Mitsubishi de Cole había una furgoneta, a su derecha una berlina, detrás un descapotable con una rubia con gafas de sol al volante. A la izquierda, vio un deportivo con dos jóvenes en su interior.

La fase roja debía terminar inmediatamente.

Entonces cambiaron los semáforos. Pero la furgoneta que tenía delante no se movió ni un milímetro.

En su lugar, las puertas se abrieron. Saltaron hombres enmascarados. Llevaban MPis y chalecos antibalas, además de pasamontañas que sólo dejaban al descubierto la zona de los ojos.

Cole se agachó justo a tiempo antes de que el primer disparo destrozara el parabrisas del Mitsubishi.

Bajó la parte superior de su cuerpo hacia un lado, cubriendo la estrecha valija diplomática que yacía en el asiento del copiloto.

Le llovieron fragmentos. Buscó la guantera y la abrió de un tirón.

Había dos cosas dentro.

Una pistola automática con silenciador incorporado y una granada de mano corriente, como se utilizaba en el ejército hasta hoy.

Cole agarró la granada de mano, apretó el gatillo con los dientes y la lanzó a través del parabrisas destrozado.

Antes de que la granada detonara, uno de los asesinos de la furgoneta había alcanzado la ventanilla lateral del Mitsubishi y levantado el MPi.

Cole sacó la automática y disparó.

La bala alcanzó al asesino enmascarado por debajo de la nariz.

El pasamontañas se puso rojo. Fue sacudido hacia atrás y se tambaleó. Entonces sonó la detonación de la granada de mano.

Cole estaba tumbado sobre los asientos del conductor y el pasajero del Mitsubishi, retorciéndose como un embrión. Se cubría la cara con las manos. El calor era asesino.

Esperó un momento.

Entonces se produjo la siguiente explosión. Al parecer, el incendio de la furgoneta provocado por la granada de mano se había extendido al depósito de gasolina.

Los gritos se mezclaron con el sonido de la detonación.

Cole abrió la puerta del pasajero, empujó la maleta hacia fuera, se arrastró tras ella y luego rodó hasta el asfalto.

Se oía un concierto de bocinas, intercalado con las sirenas lejanas de la policía, los bomberos y los servicios de emergencia.

Cole se agachó, agarrando la maleta con la mano izquierda.

Uno de los asesinos enmascarados corrió como una antorcha viviente por la calle Bedford hacia la Séptima Avenida. El chirrido de los frenos se mezcló con sus gritos. Se produjo un caos de tráfico. La mayoría de los coches del cruce estaban encajonados. Hubo pequeñas colisiones traseras aquí y allá. Se oían voces de pánico.

Cole dejó que su mirada vagara brevemente por el paisaje.

La rubia del deportivo le miró fijamente. Por un momento Cole consideró tomarla como rehén, pero su deportivo estaba encajado. No podía alejarse conduciendo.

Un motor aulló.

Cole se dio la vuelta.

Un motorista se abrió paso entre los vehículos.

Eso es, pensó Cole. Una moto era el vehículo de huida ideal.

Levantó su arma y apuntó.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, una sacudida recorrió su cuerpo, seguida una fracción de segundo después por otra.

Se desplomó. Su mano izquierda seguía agarrada al asa de la maleta.

La rubia del deportivo llevaba una pistola con silenciador en la mano, luego la ocultó en su cazadora y se subió la cremallera. El motorista se acercó y se detuvo justo delante del Cole muerto.

El conductor se agachó y recogió la maleta. La rubia salió del deportivo y se sentó detrás del motorista.

"¡Vamos ya!", siseó.

El conductor aceleró el motor, dirigió la máquina más allá del hombre muerto y luego salió a toda velocidad en zigzag entre los coches parados alrededor.

Cuando llegamos al lugar del crimen, en la esquina de la calle Bedford y la Séptima Avenida, seguía siendo un caos. Había coches de policía por todas partes. El tráfico estaba retenido hasta la Séptima Avenida. Los colegas de la Policía Municipal estaban ocupados desviando el tráfico. Los agentes de la División de Investigación Científica, el servicio central de detección de todos los departamentos de policía de Nueva York, necesitaban tiempo para hacer su trabajo con la minuciosidad necesaria.

El teniente Jesper O. Thomson, de la Brigada de Homicidios II de la comisaría 23, nos saludó a Milo Tucker y a mí. Nos habíamos acercado al lugar de los hechos con sigilo, habíamos dejado el coche deportivo en una calle lateral y habíamos caminado los últimos diez minutos.

"No creía que pudiera hacerlo tan rápido", dijo Thomson. Le conocía de un curso de repaso de tiro con cañón pequeño. "Incluso estarás aquí antes que el forense".

"Tendrá los mismos problemas que nosotros", le contesté.

Thomson se encogió de hombros. "La razón por la que avisamos al FBI es que lo que ocurrió aquí fue probablemente un enfrentamiento del crimen organizado".

"¿Una guerra de bandas?" Milo levantó las cejas con escepticismo.

No teníamos ninguna información de nuestros informadores que nos hiciera esperar algo así. Pero eso no tenía por qué significar nada.

"Se ha producido una detonación importante. Las pocas declaraciones de testigos que mis colegas han registrado hasta ahora son bastante confusas", informó el teniente Thomson.

"Pero parece seguro que había un equipo de cuatro o cinco gorilas fuertemente armados en la furgoneta incendiada. Saltaron fuera y apuntaron al conductor del Mitsubishi negro..."

"Y opuso resistencia", se dio cuenta Milo.

Thomson asintió. "Estaba bien preparado para un ataque. Pero obviamente no lo suficientemente bien..." Thomson nos condujo hasta un hombre muerto que había sido estirado por dos golpes. "El hombre

lleva dos pasaportes. Uno está a nombre de Lester Greenhouse, el otro es un pasaporte británico a nombre de Peter J. Duncan Jr."

"¿Llevaba el hombre un teléfono móvil encima?", le pregunté.

Thomson asintió. "Nos hemos asegurado..."

"Si nada ha cambiado en la posición de este hombre, entonces no le dispararon desde la furgoneta", me di cuenta.

Thomson lo confirmó: "Los expertos en balística aún tienen algunos enigmas que resolver. Pero en cuanto a la furgoneta... Su propietario denunció su robo ayer".

Milo miró los cadáveres que yacían alrededor de la furgoneta. Algunos estaban carbonizados hasta resultar irreconocibles.

"Uno de los chicos corrió hacia la Séptima Avenida en llamas", informó Thomson. "El dolor debió de dejarle casi inconsciente. Fue atropellado mortalmente por un camión".

Señalé un descapotable que estaba aparcado a pocos metros del Mitsubishi negro.

En medio de la calzada.

"¿Qué tipo de vehículo es ese, teniente?"

"No lo sabemos, pero lo investigaremos".

3

"Maldita sea, ¿adónde vas, Bruce?", gritó la joven. El viento agitaba su pelo rubio. Se aferraba a la espalda de Bruce con la mano derecha mientras con la izquierda agarraba el asa de la esbelta valija diplomática. La maleta estaba encajada entre ella y Bruce. Contenía todo lo que importaba.

Esperemos que...

Bruce no le dio una respuesta.

Probablemente ni siquiera los había entendido. La corriente de aire y el ruido del tráfico se lo tragaron todo. Acababan de salir de nuevo a la luz del día en el lado de Nueva Jersey del túnel Lincoln. La autopista hacía una especie de bucle antes de atravesar Union City.

Bruce tomó la siguiente salida hacia Weehawken y luego se dirigió hacia las instalaciones portuarias y los muelles. Se desvió en un aparcamiento y detuvo la moto con un frenazo de emergencia. La rueda trasera de la Kawasaki patinó ligeramente, pero Bruce tenía la moto bajo control.

Lo había demostrado en el infernal eslalon que había tras ellos. En la esquina de la calle Bedford con la Séptima Avenida, había sido realmente arriesgado. Bruce había conducido entre los vehículos encajonados a una velocidad de vértigo.

La joven aún se estremecía sólo de pensarlo.

Bajó del avión. Llevaba la maleta en la mano. El ligero cortavientos que llevaba estaba bastante abollado por el silenciador de la pistola. Se alisó un poco el pelo.

"¡Debes haberte vuelto loco, Bruce!", gimió ella.

Bruce se quitó el casco de la cabeza.

Tenía un rostro anguloso con la piel de poros muy grandes. Su nariz parecía haberse roto en algún momento.

La miró fríamente.

"¿Por qué estás tan disgustada, Vonda? Todo ha ido bien hasta ahora..."

"Navegación tranquila, ¿así es como lo llaman?" Vonda respiró hondo.

Bruce señaló la maleta.

"¡Quiero ver el interior!"

Vonda vaciló. En el segundo siguiente, Bruce metió la mano bajo su chaqueta de cuero. En un instante, sacó un revólver de cañón corto. La boca apuntó a la frente de Vonda. Vonda se quedó helada.

"¡Vamos ya!" siseó Bruce. "¡Abre la maleta!"

El rostro de Vonda permaneció inmóvil.

"¿Qué hay dentro? Un millón de dólares en billetes usados, por supuesto..."

"Quiero verlo..."

Vonda abrió la maleta con cuidado.

Bruce se quedó mirando los fajos de billetes.

Vonda volvió a cerrar la maleta. Bruce la cogió con la mano izquierda.

"Sabía que este momento llegaría en algún momento", dijo.

"Pensé que..."

"...¿que somos socios?" Bruce rió roncamente.

Puso la maleta en el suelo.

"Eres un cerdo", dijo Vonda.

"¡Nadie más habría sido adecuado para este trabajo!"

Extendió la mano izquierda mientras seguía apuntando a Vonda con la derecha. "¡Dame la automática que llevas bajo la chaqueta! No quiero correr riesgos".

"¿Qué estás tramando, Bruce?"

Aún le debía la respuesta. Vacilante, sacó su arma de debajo del cortavientos.

"¡Con dos dedos!", le amonestó Bruce.

Avanzó hacia ella y se acercó a un paso. Entonces, su mano izquierda le arrebató literalmente la pistola de la mano. Por un segundo, Vonda había pensado en contraatacar, pero luego decidió que era demasiado arriesgado. Bruce era un buen tirador. Y a corta distancia, cada disparo que hacía era mortal.

Bruce hizo una mueca. Levantó la mano izquierda, apuntó con el silenciador automático a la cabeza de Vonda y apretó el gatillo.

La joven se tambaleó hacia atrás, golpeada. Se sacudió una vez más y cayó.

Bruce respiró hondo.

"Lo siento, nena, pero no había más sitio para ti en este juego", murmuró medio en voz alta para sí mismo. Se guardó el revólver de cañón corto en el bolsillo de la chaqueta. Luego limpió con un pañuelo las huellas dactilares de la automática que le había quitado a Vonda.

Bruce se acercó a la mujer muerta, se agachó y le puso la pistola en la mano. Luego colocó la boca del silenciador exactamente donde había golpeado a Vonda.

La bala había impactado en la parte delantera derecha.

Con el dedo de la mujer muerta, tiró hacia atrás del gatillo y apretó el gatillo.

Pasaría algún tiempo antes de que la policía descubriera que no se trataba de un suicidio.

Bruce dio la vuelta a la mujer muerta. La bala había salido por la parte posterior del cráneo y se había abierto camino entre la suave grava. Bruce desenterró la bala y se la guardó en el bolsillo.

Luego volvió a colocar a Vonda en el mismo lugar en el que había caído.

Se levantó.

"¡Adiós, pequeña! Ha sido divertido hacer negocios con usted".

Bruce se dio la vuelta. Sujetó el maletín del dinero en la parte trasera de su Kawasaki. Un millón de dólares en billetes usados. Dinero tan blanco que nadie podría haberlo blanqueado.

Bruce sonrió fríamente.

Todo solucionado, pensó.

A última hora de la tarde, ya teníamos la identidad del conductor del Mitsubishi muerto. Su verdadero nombre era Desmond E. Cole. Había cumplido ocho años de condena por homicidio involuntario en Huntsville.

Tras su liberación, había pasado a la clandestinidad, presumiblemente trabajando como asesino a sueldo para los bajos fondos. En cualquier caso, había dejado huellas dactilares y una colilla en un caso. Más tarde había sido más listo. Su rastro se había perdido y apenas podía identificarse incluso después de analizar minuciosamente sus métodos de trabajo.

Probablemente tuvimos que esperar un poco más para que el personal de nuestra oficina analizara el probable curso de los acontecimientos. El caso era complicado. Pero esperábamos que nuestros colegas estuvieran listos a la mañana siguiente. Entonces tendrían sin duda un informe de balística. Y quizá para entonces incluso habríamos conseguido identificar a algunos de los pistoleros que habían estado en la furgoneta.

Esto también podría resultar más difícil.

La explosión había hecho que ya no se pudieran tomar huellas dactilares de todos los muertos, con las que el SIDA, nuestro SISTEMA AUTOMATIZADO DE IDENTIFICACIÓN de huellas dactilares, podría hacer algo.

Colegas de la policía municipal habían anotado decenas de números de coches para poder identificar e interrogar posteriormente a posibles testigos. Los interrogatorios a los testigos en el lugar del crimen sólo habían revelado hasta ahora una imagen vaga.

Sin embargo, varias declaraciones hablaban de un motorista que debió de conducir por el caos de forma bastante temeraria, con una joven rubia en el asiento trasero.

Un testigo - él mismo aficionado a las motos - creyó recordar que había sido una Kawasaki. Aún no estaba del todo claro si el piloto de la Kawasaki y su bella pasajera tenían algo que ver con el caso.

Lo que quedó fue el teléfono móvil del hombre asesinado.

Cole demostró ser un profesional incluso cuando lo utilizaba. No

había creado un índice telefónico en el menú. Todo lo que teníamos eran las diez últimas llamadas aceptadas y marcadas, su hora, duración y coste.

Cole también había conseguido cubrir sus huellas con un truco para las llamadas que él mismo había marcado. Todas las llamadas habían pasado por el servicio de conmutación manual de su compañía de telefonía móvil, de modo que en el menú sólo aparecía su número y no el de la otra parte. Podrían pasar uno o dos días antes de que tuviéramos la lista completa de llamadas de la compañía telefónica. Lo que quedaba eran las llamadas aceptadas.

La mayoría de ellos se realizaban desde cabinas telefónicas o bares.

Con dos excepciones.

Había habido dos breves llamadas telefónicas de un tal Mark Sorello. La primera anoche, hacia las 20.00 horas, la segunda aproximadamente una hora antes de que se desatara el infierno en la esquina de Bedford Street y la Séptima Avenida.

Milo silbó entre dientes cuando la foto de Mark Sorello apareció en la pantalla del ordenador que teníamos en la sala de guardia.

"Un viejo conocido", dijo.

"Podrías decir eso, Milo..."

Hojeamos los detalles, que aparecían ordenadamente enumerados junto a la foto. Mark Jefferson Sorello, nacido el 24 de febrero de 1980, conocido en la escena de los hackers informáticos bajo el seudónimo de "BigByte". Su pasión por los ordenadores ya le había acarreado muchos problemas, incluida una condena condicional. A los 19 años, había llamado la atención porque había conseguido piratear los sistemas de la red de datos del FBI. Tuvimos suerte de que, obviamente, en aquel momento sólo estábamos tratando con un bromista. Mark 'BigByte' Sorello había sustituido todas las caras de los delincuentes buscados en nuestro sitio web por las cabezas de Mickey Mouse y el Pato Donald.

Hubo toda una serie de ataques "divertidos" de este tipo contra los ordenadores del FBI, la CIA y el Pentágono a finales de los años noventa. Mientras tanto, algunos de estos ciberdelincuentes trabajaban para el gobierno y ayudaban a mejorar las medidas de seguridad.

BigByte' Sorello no era uno de ellos.

Hacía mucho tiempo que no sabíamos nada de él.

Su libertad condicional había expirado hacía un año, por lo que ya no tenía que presentarse regularmente ante las autoridades.

Milo puso cara de perplejidad.

"Alguien como 'BigByte' no es realmente el cliente típico de un asesino profesional del calibre de Desmond E. Cole", dijo.

Sólo podía estar de acuerdo con él.

"El hecho es que los dos hablaron por teléfono relativamente poco antes de la muerte de Cole", objeté. Así que 'Big Byte' era al menos un testigo importante.

Tardamos otra media hora en encontrar la nueva dirección de 'BigByte' mediante investigación informática.

Al parecer, el joven maestro hacker se había mudado varias veces recientemente. Incluso una consulta a su compañía telefónica nos llevó inicialmente por mal camino.

Nos fortificamos con un café rancio de máquina expendedora.

Mandy, la secretaria de nuestro jefe y también la cafetera más famosa de todo el edificio federal, estaba celebrando ese día algunas de sus incontables horas extras. Así que tuvimos que conformarnos con el caldo de la máquina expendedora.

"Espero que haya al menos un poco de cafeína", dijo Milo, haciendo una mueca.

Sonreí.

"¡No obtendrá más cafeína de eso que de oler una botella de Coca-Cola!".

"¡Muy gracioso, Jesse!"

Diez minutos más tarde, estábamos abriéndonos paso entre el tráfico de hora punta de la Gran Manzana en el coche deportivo proporcionado por la Oficina de Campo del FBI de Nueva York.

Según nuestras investigaciones, la situación vital de Mark

'BigByte' Sorello había mejorado mucho de mudanza en mudanza. Cuando creó nuestro sitio web, aún vivía en un mal barrio de Queens, ahora residía en un lujoso ático en la esquina de la calle 72 con Central Park West. Incluso para los estándares neoyorquinos, las precauciones de seguridad aquí eran extremas. Los guardias de seguridad patrullaban los pasillos con rostros adustos. Las cámaras de vídeo captaban en cinta magnética a cada visitante.

Un detector de metales en el portal impedía la entrada armada al edificio a cualquier persona que no estuviera autorizada para ello. Los guardias de seguridad vigilaban a los recién llegados desde un cubo transparente de cristal blindado ultraduro. Dentro de este cubo de cristal había una oficina. Un monitor estaba de pie junto a otro.

Desde aquí se comprobaron las imágenes de vídeo. Los visitantes tenían que registrarse e identificarse.

El detector de metales hizo sentir su presencia al entrar.

Las caras de excitación de los guardias de seguridad se relajaron un poco cuando les mostramos nuestros carnés de identidad.

Uno de los guardias salió del cubo por una puerta de cristal blindado y se acercó a nosotros.

En la camisa negra de su uniforme llevaba una etiqueta con su nombre. 'R. Temperton' estaba escrito en ella.

Temperton miró detenidamente las tarjetas de identificación y luego asintió.

"Todo parece ir bien. ¿A quién quiere ver?"

Alcé las cejas. "Para el Sr. Mark Sorello, nº 2789 F".

"Entonces anunciaré al Sr. Sorello que está a punto de aparecer en la puerta de su ático..."

"Me parece bien..."

Temperton retrocedió y desapareció en el interior del cubo de cristal blindado.

"Esa es una dirección para paranoicos, Jesse", me susurró Milo.

"En cualquier caso, 'BigByte' parece ser ahora lo suficientemente rico como para poder permitirse algo así".

"Creo que nuestros colegas de la trastienda deberían echar un vistazo a los datos bancarios de este tipo. Su repentina riqueza debe haber venido de alguna parte..."

"¿Está descartando el trabajo honesto desde el principio en este caso?"

Milo se encogió de hombros.

"No sé..."

"De todos modos, estás tan segura aquí como en el seno de Abraham".

"¡Eso no sería nada para mí!"

"¡Sólo lo dices porque no podrías pagar el alquiler aquí con nuestros sueldos de hombres G!"

Subimos en ascensor. Unos minutos después estábamos ante la puerta del piso de Sorello.

Milo estaba a punto de tocar el timbre cuando se abrió la puerta.

Un joven delgado se paró frente a nosotros. Era evidente que nos había estado esperando. Llevaba unos pantalones vaqueros de gran tamaño y una camiseta en la que se leía I'M AN ASSHOLE.

Le tendí mi tarjeta de identidad.

"Agente Especial Jesse Trevellian, FBI. Este es mi colega Milo Tucker. Nos gustaría hacerle unas preguntas..."

Sorello mascaba un chicle. Tenía el pelo rojizo y despeinado que le colgaba en los ojos.

Con un movimiento brusco de la cabeza, la barrió.

"¡Eh, hombres G, tranquilos!"

"No se preocupe", le dije.

"¿Tienen una orden judicial o algo así?"

"No, no lo hemos hecho".

"Entonces yo diría que vas a volver a la mesa de dibujo. No voy a

aceptar ninguna mierda de ti. Y no diré una palabra sin mi abogado".

"En ese caso, me gustaría pedirle que nos acompañe a la Plaza Federal", le dije. "Y en cuanto a la orden de registro... la conseguiremos enseguida..."

Enterró las manos en los bolsillos. "Eh, G-man, ¿por qué tan incómodo?"

"Sugiero que tengamos una charla sensata. Sin embargo, si quiere que los guardias de seguridad vean todo en sus pantallas es algo que depende totalmente de usted..."

Señalé a uno de los ojos de cámara colocados abiertamente.

Sorello vaciló.

"Pasen", nos pidió entonces.

Nos condujo a un piso de al menos doscientos metros cuadrados que, aparte de la cocina y el cuarto de baño, constaba de una sola habitación. Sala de estar, dormitorio y centro informático, todo en uno. Había un futón en una esquina. Las sobras de una comida de pizza exprés estaban apiladas en una mesa baja.

Varias pantallas de ordenador parpadeaban. Partes del equipo estaban esparcidas por todas partes.

Me acerqué al escaparate y miré primero hacia los campos de fresas de Central Park y luego hacia las fachadas de hormigón de los demás rascacielos del vecindario inmediato.

"¿Cuánto cuesta el alquiler aquí?", pregunté.

"No es asunto tuyo, G-man". Luego se rió. "Gano un buen dinero. Como contratista autónomo. Consultoría de software y ese tipo de cosas. De todos modos, ¡desde entonces mantengo mis manos alejadas de sus páginas web!"

"Ahora existen programas que restauran automáticamente en diez minutos un sitio web que ha sido modificado por una parte no autorizada", respondió Milo.

Sorello se cruzó de brazos.

"Pero ahora también hay trucos que se pueden utilizar para desactivar este software", respondió el hacker.

"Veo que aún sabes moverte".

"Mantente al día. Pero nunca volveré a hacer algo tan estúpido como eso".

"Me alegra oírlo", dijo Milo.

Se encogió de hombros. "Sólo volvería a hacer algo así si realmente mereciera la pena. La diversión que tuvimos no valió la pena". Sonrió.

"Pero como puede ver, ahora puedo utilizar mis conocimientos de forma más productiva y ganar muy buen dinero con ello".

Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué una foto de Desmond Cole.

"¿Conoce a este hombre?"

"Nunca lo he visto".

"¡Quizás le eche un buen vistazo!"

Sorello se tomó dos segundos enteros, pero luego negó enérgicamente con la cabeza. Finalmente, me devolvió la foto. "¡Lo siento, G-man! ¿Qué le pasa a este tipo?"

"Se llama Desmond E. Cole, pero también se le conoce por otros nombres", respondí. "Cole ha muerto hoy en un tiroteo en la esquina de la calle Bedford con la Séptima Avenida".

Sorello enarcó las cejas.

"¡No entiendo qué tiene que ver esto conmigo! ¡Eh, tío, tranquilo, G-man! ¡No puedes haber pensado en serio que podría haber estado disparando con una plancha!"

Sorello rió roncamente. "Prefiero hacerme daño con un arma que a mi oponente".

"Hablaste con Cole por teléfono", afirmé con naturalidad. "Alrededor de una hora antes de que le dispararan. Quizá fuiste la última persona con la que habló. Hablaste con él sobre las veinte de la noche anterior. Son hechos que te relacionan con este hombre".

Sorello me miró sorprendido.

Por un momento, la fría máscara que se había puesto se le cayó.

Su figura delgada se quedó allí como un signo de interrogación.

"¡Eh, G-man, estás diciendo tonterías!"

"No estoy diciendo tonterías", le dije. "¡Y ahora quiero saber qué tenías que discutir con el Sr. Cole!"

"¡Te estás tirando un farol!", siseó entonces Sorello.

"Obtuvimos tu número del menú del teléfono móvil de Cole", le expliqué fríamente. "Y tendrás que dar algún tipo de explicación".

Sorello se pasó la mano por el pelo despeinado y se lo echó hacia atrás con gesto agitado. "No tengo que hacer nada", dijo. "Será mejor que llame a mi abogado".

Se dirigió al teléfono y descolgó el auricular.

"Por supuesto que puede hacerlo", le dije. "Pero primero debe saber una cosa. Desmond Cole era un asesino profesional. Y el hecho de que usted tuviera contacto telefónico con él justo antes de que se viera envuelto en un tiroteo puede implicarle en todo tipo de cosas, señor Sorello."

'BigByte' volvió a colgar el teléfono.

Cerró las manos en puños. Luego se dejó caer en una de las sillas giratorias con ruedas.

Golpeó nerviosamente con los dedos el reposabrazos.

"Quizá conoció a Cole bajo el nombre de Peter Duncan", intenté tenderle un puente. En cualquier caso, su conexión de teléfono móvil estaba registrada con el nombre de Peter Duncan.

Sorello respiró hondo.

"Agente Trevellian, yo..."

Hasta ahí llegó.

En ese momento, uno de los cristales de la ventana se hizo añicos.

Una sacudida recorrió el cuerpo de BigByte. Durante una fracción de segundo, vi cómo se encendía el delgado rayo láser rojo de un

puntero láser.

Pero ya era demasiado tarde.

Sorello rodó unos metros hacia atrás en su silla giratoria por el impacto del primer golpe.

El primer golpe perforó el esternón de Sorello, el segundo le alcanzó en la región del corazón.

Me agaché y saqué la SIG de la funda.

El tirador debió de tomar posición en uno de los rascacielos vecinos. Siguió el siguiente disparo. Impactó en una de las pantallas del ordenador. Milo se agachó detrás de su escritorio. Ya había llamado a sus colegas por el móvil.

5

El asesino sacó el cañón del rifle especial por el agujero circular del cristal tintado. Lo había cortado con un cúter especial para cristales.

El asesino sonrió.

Penetrar las distintas capas de triple acristalamiento había sido la parte más difícil de todo el trabajo.

Pero el asesino había podido hacerlo incluso a su antojo. Había elegido una ventana en el hueco de la escalera del piso 24. Desde aquí, había tenido una vista despejada del ático de su víctima. Además, no había cámaras de vigilancia en el hueco de la escalera y no tenía que preocuparse de que alguien pasara de repente por allí.

Incluso los fanáticos del fitness prefirieron hacer footing en el cercano Central Park en lugar de cambiar el ascensor por las escaleras.

Sólo servía como vía de escape de emergencia.

El asesino comenzó a desmontar el fusil especial. Guardó las piezas individuales en una bolsa de deporte con la etiqueta FUN GENERATION. Se la colgó del hombro y salió del hueco de la escalera. En primer lugar, no le apetecía caminar 23 pisos. Y en segundo lugar, si un vigilante o uno de los guardias de seguridad se cruzaba con él en el hueco de la escalera, sin duda llamaría la atención.

Y él no quería eso.

El asesino caminó por el pasillo hacia los ascensores.

Una de las puertas correderas de color metálico se abrió.

Dos de los guardias de seguridad armados responsables de la seguridad y el orden en el edificio salieron de la cabina del ascensor.

El más alto de los dos levantó la mano izquierda. Su mano derecha se dirigió a la empuñadura de la pistola que sobresalía de la funda de su cinturón.

"¡Alto!", gritó. "El ascensor está fuera de servicio en este momento..."

"¡Como he visto, funciona perfectamente!", siseó el asesino entre dientes.

"¡Todavía tendrá que ser paciente, señor! Hemos recibido una llamada del FBI de que se han hecho disparos desde esta casa".

"¡Oh!"

"Por eso nadie puede abandonar los pisos a partir del 20 hasta que esto se aclare".

El más bajo de los dos hombres de seguridad añadió: "La policía ya está en camino".

El cerebro del asesino trabajaba febrilmente.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca.

"Tengo una cita importante".

"Lo siento", respondió la más alta. "¡No podemos hacer una excepción!"

En el mismo segundo, el hombre más pequeño desenfundó su pistola, una Beretta. El cañón apuntaba a la parte superior del cuerpo del asesino.

"Ponga la bolsa en el suelo y empújela hacia aquí", le exigió el guardia de seguridad. "Luego levante las manos y apóyese en la pared".

"¿Qué estás haciendo? No tienes derecho!"

"¡Siempre puede leer la base legal en el contrato de alquiler, señor!"

El asesino se quitó la bolsa de deporte del hombro.

El más alto de los dos guardias de seguridad no esperó a que el asesino la pusiera en el suelo. El uniformado la agarró literalmente y abrió la cremallera.

Mientras tanto, el asesino levantó las manos y vio cómo cambiaba el rostro del hombre más alto.

Tenía que actuar en ese segundo.

Cuando el hombre más pequeño desvió un momento la mirada hacia su colega, el asesino levantó el pie. Una patada de kárate arrancó el arma de la mano del uniformado.

La segunda patada le golpeó en el cuello. Jadeando, el guardia de seguridad retrocedió tambaleándose un paso y luego se desplomó contra la puerta metálica del ascensor. Permaneció inmóvil.

Su colega dejó caer su bolsa y echó mano a la Beretta que llevaba a su lado.

El asesino giró en redondo. Su pie atravesó el aire como un garrote y golpeó el plexo solar del guardia de seguridad con una precisión milimétrica. Éste se desplomó con un gemido. Un disparo salió de su arma pero fue a parar a la alfombra.

El asesino le quitó la Beretta de la mano de una patada.

El siguiente golpe de palma mató al guardia indefenso al instante.

El asesino se agachó y cogió la bolsa etiquetada como FUN GENERATION.

Luego entró en la cabina del ascensor.

Tengo que deshacerme de la maldita pistola, pensó. De lo contrario, ¡no saldré de aquí!

"Todas las salidas están selladas, agente Trevellian", me dijo Roy Torres, el jefe del servicio de seguridad privada, cuyos hombres se encargaban de la seguridad en el bloque de torres frente a Mark 'BigByte' Sorellos. "Si realmente se hicieron disparos desde este edificio, entonces el autor debe seguir aquí".

" Se disparó desde esta casa", le aseguré. "Puede estar seguro de ello".

Torres seguía escéptico.

Nos situamos en la entrada principal del edificio. Uno a uno fueron llegando nuestros colegas. Primero los agentes de la comisaría de policía de la ciudad correspondiente, luego los nuestros.

Pronto llegarían expertos forenses de la SRD para investigar la escena del crimen en el ático de Sorello.

Nuestros colegas Orry Medina, Clive Caravaggio y Fred LaRocca nos dieron la bienvenida.

Ya estaban aproximadamente informados de lo que había sucedido.

"No sé qué avispero has pateado, pero parece que 'BigByte' estaba metido en cosas que no le correspondían", conjeturó Clive. El italoamericano de pelo lino era el segundo hombre de la oficina de campo del FBI en Nueva York y, por tanto, el adjunto de nuestro jefe, el agente especial al mando Jonathan D. McKee.

"Era lo suficientemente importante para alguien como para enviar a un asesino profesional a por él", comentó Milo.

Torres tomó la palabra. "No puede salir de aquí, de todos modos".

"¿Y una salida por el sótano?", pregunté.

"Si era muy rápido, podría haber conseguido utilizar un ascensor antes de que sus hombres hubieran sellado los ascensores y el hueco de la escalera..."

"No hay ventanas en el sótano", explicó Torres. "A eso es a lo que quiere llegar, ¿no? Tenemos un sistema de ventilación de última generación".

"¿Sistema de alcantarillado?", pregunté.

"También creo que está descartada como vía de escape. Todas las entradas al alcantarillado no son fácilmente accesibles".

Roy Torres puso repentinamente una cara tensa.

Llevaba unos auriculares que le conectaban por radio con el centro de vídeo del Servicio de Seguridad.

El rostro de Torres palideció.

Un momento después, informó: "Dos de nuestros guardias de seguridad fueron apaleados por un desconocido en la planta 24ª. Uno de los nuestros está ciertamente muerto, el otro no se veía en la cámara".

"¿Tienen al tipo en vídeo?", pregunté.

"Sí. Nuestra gente está de camino hacia allí".

"¡Debe de ser él!", conjeturó Milo.

"Está "bajando" en el ascensor", informó Roy Torres. "Tal y como sospechaba, agente Trevellian".

"¡Desconecte la fuente de alimentación independiente de los ascensores!", le exigí. "¡Y hágalo ahora! ¡Quizá tengamos suerte y esté atrapado!"

"Gracias a la grabación de vídeo, tenemos la hora exacta del crimen", explicó Torres. "Así que podemos calcular la ubicación de la cabina del ascensor donde se encuentra el asesino. Al menos aproximadamente".

La gente de Torres en el centro de vídeo sólo tardó unos instantes en solucionarlo.

"¡Debe de estar ya abajo, en el sótano!", declaró Torres sin ton ni son tras recibir el mensaje correspondiente en el auricular de su casco. "Está saliendo del ascensor... Mi gente lo tiene en la pantalla de la cámara de vigilancia".

Llevé la mano a la SIG que llevaba en la funda del cinturón y comprobé brevemente la carga.

Clive Caravaggio me miró.

"Pónganse los chalecos antibalas y bajaremos", dijo. "¡Vamos a por él!"

7

Se formaron gotas de sudor en la frente del asesino. Se fijó en las cámaras de vigilancia al salir del ascensor. La puerta corredera no se cerró.

¡La electricidad!", se sorprendió el asesino. ¡Han cortado la corriente!

Pero fracciones de segundo demasiado tarde.

De lo contrario, el asesino habría estado sentado en la cabina del ascensor como un prisionero.

El trabajo había sido muy fácil y ahora le pisaban los talones. Alguien debió de llamar al servicio de seguridad del edificio momentos después de que dispararan a Mark Sorello.

Caminó por el pasillo, pensando en lo que debía hacer.

En realidad, sólo había querido poner la bolsa con el rifle aquí y luego salir de la casa de la manera normal. Pero eso ya no era posible. Lo que había hecho a los dos guardias de seguridad de la planta 24 se había visto sin duda en las pantallas de vigilancia.

Así que la otra parte sabía cómo era.

Y sabían dónde estaba.

Incluso aquí abajo había cámaras por todas partes.

El asesino colocó la bolsa en el suelo y sacó las piezas individuales del rifle especial. Era un arma hecha a medida para él por un conocido en el mundo de las armas. El cargador tenía capacidad para treinta cartuchos. Lo más importante era el dispositivo electrónico de alta calidad para la adquisición de objetivos, que incluía un puntero láser. El cañón era delgado y corto. El arma se montaba en unos sencillos pasos. El asesino apuntó y disparó a una de las cámaras.

Era un buen tirador.

Sólo necesitó un único disparo para destruirlo.

Luego continuó su camino.

Allí donde veía una cámara, la destrozaba. Era como disparar flores en la feria.

No me atrapará tan rápido, se juró a sí mismo.

Llegamos al sótano por las escaleras de emergencia. Tuvimos contacto por radio a través de micrófono y auriculares.

Clive, que había acudido al centro de vídeo de seguridad de la primera planta, estaba a cargo de la operación.

Yo fui el primero en salir, con Milo pisándome los talones, seguido de Fred y Orry y otros hombres G.

Sostuvimos las SIG en nuestros puños.

"No puedo decirle dónde está", informó Clive por radio. "Lo último que hizo fue destruir las cámaras de la lavandería. Había tres personas allí en ese momento y no pudimos avisarles".

"¿Qué tipo de gente?", pregunté.

"Un hombre de unos cincuenta años, de 1,70 de estatura. También dos mujeres jóvenes".

Era obvio que los había tomado como rehenes.

Avanzamos con cautela.

Nos aseguramos mutuamente, tanteamos el camino hasta la siguiente esquina y nos acercamos cada vez más a la lavandería. Las señales nos indicaban el camino.

Dejé vagar mi mirada. Realmente no había ninguna cámara de vigilancia que el asesino hubiera pasado por alto en su camino.

Cuando llegamos al pasillo exterior de la lavandería, oímos un suave gemido.

Una voz de mujer.

El rostro de Orry se ensombreció aún más de lo que ya estaba para el hombre G de ascendencia india. Agarró el SIG con ambas manos.

Supuse que se precipitaría en el momento siguiente.

Sacudí la cabeza y le hice un gesto para que se contuviera.

"¡Es una trampa!"

Sólo susurré estas palabras. Pero todos mis colegas que participaban en la operación pudieron oírlas claramente a través del micrófono del cuello de mi camisa. Incluso Clive Caravaggio, del centro de vídeo.

La mujer gimió de dolor.

La ira se apoderó de mí.

Nuestro adversario estaba jugando con nuestros nervios. Me hervía por dentro la brutalidad del comportamiento de este hombre.

Era frío como el hielo. Y calculador.

Y así supuse que cada detalle de lo que estaba ocurriendo estaba planeado con precisión.

Sonaron pasos.

Zapatos de charol sobre el suelo de baldosas de la lavandería.

La mujer volvió a gemir.

Los pasos sonaban vacilantes, inseguros.

Un hombre salió al pasillo. Tenía las manos levantadas. La fría luz de los tubos de neón se reflejaba en su cráneo, que sólo estaba enmarcado por un flequillo de pelo.

"¡No disparen!", gritó.

Miró a su alrededor, de vuelta a la lavandería.

Sin duda, el asesino aún tenía al rehén en el punto de mira.

En cuanto el hombre diera un paso en falso, le alcanzaría una bala.

Temblaba ligeramente.

Gotas de sudor resbalaban por su frente.

Nos miró.

"Si me acerco más a usted, el secuestrador disparará a una de las

dos mujeres", dijo entonces el hombre con voz apagada. "Quizá a mí también... Así que tengo que quedarme aquí".

Le asentí con la cabeza.

De momento no podía hacer nada por el hombre. Estaba frente a la puerta del salón como en bandeja.

Apretó los labios.

"Deben retirarse", explicó entonces sin ton ni son. "Ésa es la exigencia de este hombre. Y deben cumplirla, de lo contrario habrá bajas..."

Así será en cualquier caso, pensé amargamente. Porque si este asesino lograba permanecer libre, inevitablemente habría nuevas víctimas tarde o temprano.

"¿Puedes oírme?", grité, dirigiéndome al asesino. "No tienes ninguna posibilidad. La casa está rodeada. Tu cara está en vídeo. No puedes escapar..."

Hubo una pausa.

El hombre giró la cabeza, intentando ver el interior de la lavandería por el rabillo del ojo.

Luego dio un paso rápido hacia delante, queriendo salir de la línea de fuego.

Una reacción de pánico.

Y un error fatal.

Una bala le alcanzó en la sien.

Se tambaleó hasta caer al suelo y se quedó inmóvil.

"¡Supongo que eso fue algún tipo de respuesta!" gruñó Orry malhumorado.

Teníamos las manos atadas. Este loco aún tenía a dos rehenes en sus garras.

Volvieron a oírse pasos. Parecían aún más inseguros que los del hombre. Una joven de unos veinte años salió de la lavandería. Llevaba tacones de media altura y las manos en alto. Los vaqueros ajustados y

la escasa camiseta acentuaban su figura. Su pelo castaño oxidado le colgaba despeinado sobre la cara.

Luchó por reprimir un sollozo.

El asesino debió decirle que no se diera la vuelta. Se quedó mirando la pared y luego en nuestra dirección.

"¡Retírese!", suplicó la mujer. Un ataque de llanto la recorrió, haciéndola temblar. Estaba al límite de sus fuerzas. No era para menos. Después de todo, acababa de presenciar cómo disparaban a sangre fría a un compañero rehén. Su mirada se detuvo brevemente en el hombre muerto.

"¡Por favor!", gimoteó la joven. "Este loco es capaz de cualquier cosa..."

Dio un paso atrás hacia la puerta de la lavandería. Pero no se dio la vuelta.

"Tengo que volver", dijo, "o me disparará. Por favor, retroceda... ¡Este tipo va en serio!"

Intercambié una mirada con Milo y luego con Orry.

"Aceptamos la condición", grité, esperando que el asesino me oyera. "Nos retiramos".

Clive Caravaggio llamó por radio. "¡Tarde o temprano, este tipo tendrá que pasar por zonas donde todavía hay cámaras!"

La rehén caminó hacia atrás, hacia la entrada de la lavandería.

Paso a paso, se acercó a su verdugo.

Pero no tenía otra opción.

Un gemido salió de la lavandería, que se convirtió en un gemido horrorizado.

Entonces llegó el sonido de un disparo.

"Ese bastardo", murmuró Orry.

No había duda, ¡el tipo había disparado a su segundo rehén! Quizá había perdido los nervios y había hecho alguna estupidez.

La joven, que no estaba lejos de la entrada de la lavandería, se tiró al suelo. Un disparo silbó sobre ella. La bala penetró en la pared e hizo que el yeso se desmoronara.

En ese momento, me lancé hacia delante, con el SIG en el puño.

Milo y Orry me pisaban los talones.

Con la SIG en ambas manos, entré corriendo en la lavandería, me agaché y me puse la pistola.

Había lavadoras a ambos lados. Al menos una de ellas estaba en funcionamiento. Un zumbido llenaba la habitación. En el lado opuesto, una puerta estaba entreabierta. Detrás de ella había oscuridad.

Segundos después de ponerme en posición, vi allí un fogonazo.

Sentí que el proyectil me golpeaba justo en el pecho. La fuerza del proyectil me tiró hacia atrás, tirándome al suelo. El chaleco de Kevlar me salvó la vida. Pero incluso llevando algo así, un impacto podía sentirse como una poderosa patada.

Perdí el aliento durante un segundo cuando otro disparo pasó cerca de mí.

Rodé hacia un lado y me escondí detrás de una de las lavadoras. Luché por respirar.

Nuestro adversario disparó a mansalva.

Un disparo tras otro zumbaban en nuestra dirección. No tenía ni idea de lo que estaba pasando con Milo y Orry. Me agazapé detrás de la lavadora, con la SIG en el puño derecho. La lluvia de balas provocó docenas de rebotes incendiarios. Se hicieron agujeros en las lavadoras.

Una de las mirillas se abrió de golpe y burbujeante agua de lavado se vertió sobre el suelo.

La lluvia de balas se calmó.

La puerta se cerró ruidosamente.

Una puerta metálica ignífuga con una señal de advertencia que indicaba que sólo las personas autorizadas podían entrar en la sala de calderas.

Me puse en pie, corrí a lo largo de la hilera de lavadoras y llegué a la puerta.

Milo y Orry también salieron de su tapadera.

La cerradura de la puerta metálica ya había sido destruida. Evidentemente, el asesino había utilizado un disparo certero para asegurarse una vía de escape fuera de la sala de guardia, ya que esta puerta normalmente habría estado cerrada con llave.

Llamé a Clive por radio.

"Está en la sala de calderas. ¿Hay una segunda salida desde allí?"

"No. Está atrapado, Jesse. Según el plano, como mucho podría haber un conducto de ventilación, pero es tan estrecho que como mucho un niño podría escapar por él..."

"Este tipo es peligroso. Nos atrajo a una trampa fingiendo haber disparado a su rehén".

"¿Sigue viva?"

"De todos modos, no está en la lavandería, lo que significa que la esposa debe estar todavía con él.... ¿Qué sugieres, Clive?"

"Desgástelo. No puede salir de ahí..."

"¡Maldita sea, piensa en el rehén!"

"¿Qué crees que hay en mi mente, Jesse?"

"Bueno, está bien..."

Bajé el SIG.

Nos mantuvimos a un lado de la puerta metálica. Podía ser ignífuga, pero la cerradura destruida mostraba lo que podía hacerle un proyectil de gran calibre. Después de todo, no estaba hecha de placas de blindaje sólidas diseñadas para proteger contra una lluvia de balas.

"¿Puede ponerse en contacto con el asesino?", preguntó Clive.

"Supongo que puede entendernos", dijo Milo.

Me hizo un gesto con la cabeza.

"¡Esto es el FBI! ¡No tienen ninguna posibilidad de escapar! ¡Ríndete! Tendrás un juicio justo..."

No hay respuesta.

"Tienes un rehén y no podemos hacer nada por ti durante tanto tiempo", continué. "¿Pero cuánto tiempo quieres aguantar ahí dentro? ¿Un día? ¿Dos días? Tenemos tiempo. En algún momento se te cerrarán los ojos de cansancio. ¿Ha pensado alguna vez cuánto tiempo puede aguantar una persona sin dormir? Si se rinde ahora y perdona la vida de su rehén, obtendrá crédito por ello..."

Esperé.

Sin duda había entendido mis palabras. Tenía que darle una perspectiva, incluso mentirle si era necesario. La vida del rehén estaba en juego.

"¡He visto abogados que han salvado de la silla eléctrica a personas contra las que usted hace coro! ¡Así que sea razonable! Sus cartas con el poder judicial sólo irán a peor..."

Le siguió un grito.

El grito de dolor de una voz femenina, luego un gemido. Por último, un ruido que parecía el de un cuerpo golpeando el suelo.

¡El rehén!

Agarré la SIG con ambas manos.

La tentación era grande.

Una patada contra la puerta metálica entreabierta y sin cerrar y...

Pero no quería que me engañaran dos veces de la misma manera.

Milo y yo intercambiamos una rápida mirada. Pude ver la rabia en sus ojos. Sentía lo mismo que yo.

"¡Den una señal de vida a sus prisioneros!", grité.

Luché por controlarme. Pero nuestro oponente era un asesino frío como el hielo y calculador. Para acabar con él, teníamos que mantenernos igual de fríos.

Los segundos pasaban.

Entonces, un líquido salió de repente de debajo de la puerta metálica.

Al principio pensé que el asesino podría haber aprovechado uno de los depósitos de gasóleo de calefacción y quería hacernos explotar a todos.

Pero eso habría estado fuera de lugar para un ordenador frío como el hielo. Alguien como él quería sobrevivir, aunque no le importara cuántos otros murieran en el proceso.

Me agaché, cogí unas gotas con los dedos, las olí y me humedecí los labios con ellas.

Orry me miró expectante.

"¡Agua!", me di cuenta.

"¿Qué trama este tipo?"

"¡Lo averiguaremos en un momento!"

Mi instinto me decía que no podía esperar más.

Abrí la puerta entreabierta. No salió volando hacia un lado. En su lugar, tuve que empujarla para abrirla con gran esfuerzo. Al otro lado, el agua llegaba casi hasta los tobillos. Entraba en la lavandería como un torrente.

Estaba preparado para que me cayera una lluvia de balas y salté hacia un lado, luego me apreté contra la pared.

Pero no se disparó ni un solo tiro.

Me precipité hacia delante en posición agachada, con el SIG en posición de dos manos.

La luz que caía de la lavandería a la sala de calderas era escasa. Se perdía a los pocos metros, reflejada en el metal desnudo de las calderas cilíndricas, de varios metros cúbicos, en las que se precalentaba el agua para el sistema de calefacción central.

El caldo que fluía alrededor de mis tobillos estaba tibio.

Busqué el interruptor de la luz y lo encontré.

Entonces dejé vagar mi mirada.

Milo me había seguido y me había asegurado.

Luego le siguió Orry, junto con algunos otros hombres G.

Un cuerpo humano yacía en el agua.

Era la última rehén. Orry se ocupó de la mujer, se agachó y le dio la vuelta. Tenía una laceración en la frente, probablemente de un golpe con un objeto contundente.

"¡Está inconsciente!", se dio cuenta Orry.

Busqué febrilmente al asesino. Nuestros colegas salieron en tropel.

Buscamos por todos los rincones. Pero el tipo no estaba por ninguna parte. No estaba entre las calderas ni detrás de las unidades de calefacción.

El asesino parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

Milo pensó por fin que había encontrado algo.

Señaló una reja que sólo había sido colocada provisionalmente delante de una abertura en la pared. Sin duda la habían roto.

"El conducto de ventilación", se dio cuenta Milo.

Me puse en cuclillas y miré dentro de la abertura.

"¡Eso es completamente imposible!", dije. "¡No puede haber escapado por aquí!"

"¡Pero no está aquí, Jesse!"

"¡Pero yo no creo en un asesino que tiene la capacidad de doblar los huesos!"

"¿Y uno que puede hacerse invisible?"

Eché otro vistazo a la abertura del conducto de ventilación.

Todo es demasiado obvio, pensé. Como si el tipo quisiera tocarnos las narices.

Mientras tanto, la mujer recobró el conocimiento. Estaba aturdida por el golpe que había recibido y gemía. Orry la ayudó.

Caminé a lo largo de la hilera de calderos.

Golpeé cada una de las calderas con el cañón de la SIG.

La caldera número tres había sido vaciada.

El sonido lo delató claramente.

Miré a Milo y asentí.

"¡Aquí está!"

Antes de que Milo pudiera replicarme, trepé por los estrechos peldaños de la escalera de mano que me permitía alcanzar la parte superior de la caldera para realizar tareas de mantenimiento. Una vez arriba, no fue tan fácil sujetarme con las manos libres. Abrí la tapa con la mano izquierda y sujeté el SIG con la derecha...

...y una fracción de segundo después miró la boca de un rifle especial.

El haz del puntero láser bailó sobre mi frente.

El asesino se agazapó en el fondo de la caldera, con el agua de calefacción precalentada a unos 40 grados hasta las rodillas.

El cañón de mi SIG apuntaba a su cabeza.

No pasó nada durante una fracción de segundo. Había un punto muerto entre nosotros. A tan corta distancia, apenas podía esperar derribarme sin recibir él mismo otra bala. Y también sabía que no estaba solo. "¡Se acabó el juego!", dije.

Era el ordenador genial que yo esperaba.

El asesino bajó su rifle.

Señalé la escalera de mano que descendía por el interior de la caldera.

"¡Rezaré por sus derechos cuando haya salido de aquí!"

9

"¡Buen trabajo!", nos felicitó a la mañana siguiente Jonathan D. McKee, jefe de la Oficina de Campo del FBI en Nueva York.

Estábamos sentados en su despacho para una sesión informativa. Aparte de Milo y yo, también estaban presentes Orry, Clive y Fred LaRocca.

"¿Cómo está el rehén?", pregunté.

"Físicamente, apenas sufrió daños; queda por ver cuáles serán las consecuencias psicológicas", informó el Sr. McKee.

"Tuvo mucha suerte de salir ilesa", comentó Orry.

El Sr. McKee asintió. Colocó un dossier bastante grueso sobre la mesa, donde hasta el momento sólo había unas cuantas tazas humeantes del incomparable café de Mandy.

"Max Carter y algunos otros empleados de la oficina han estado trabajando toda la noche y los colegas del laboratorio tampoco han estado perezosos. Tenemos la identidad del asesino que detuvieron ayer".

"¿Quién es?", preguntó Milo con impaciencia.

"Tony Lawson, un hombre que probablemente sea uno de los asesinos a sueldo más ocupados y mejor pagados de los últimos años".

"¿Todavía no ha dicho ni una palabra?", le pregunté.

"No. Permanece obstinadamente en silencio. Pero tenemos sus huellas dactilares de una condena anterior".

"¿Sabemos algo de sus clientes?", preguntó Milo.

El Sr. McKee sacudió la cabeza. "Lawson, por supuesto, tiene cuidado de no soltar una sola sílaba porque teme que sus jefes le maten".

"¿Qué más tiene que perder?"

"¡No me preguntes eso, Milo!"

Orry tomó la palabra. "En cualquier caso, el cliente debe tener

algo de calderilla".

"Nuestro personal de oficina ha examinado detenidamente el equipo informático de Mark 'BigByte' Sorello. Pero puede que pase un tiempo antes de que podamos sacar conclusiones..."

"Sorello es probablemente un maestro de la encriptación", supuse.

El Sr. McKee asintió. "Ese es exactamente el problema. Después de todo, ahora existe una lista de sus contactos de correo electrónico y teléfono. Pero yo no garantizaría que esté completa".

"¿Hay nombres interesantes entre ellos?", pregunté.

"Algunos de su antigua camarilla, con la que al parecer aún mantenía contacto. El hombre recibía hasta 50 correos electrónicos al día y, por supuesto, escribía un número correspondientemente elevado. Nuestro personal de oficina sólo ha analizado algunos de ellos. Algunos de ellos hablan de un 'gran asunto'..."

"¿Qué se supone que es eso?" preguntó Milo.

"Tendrá que preguntar usted mismo a los interesados, pero podría haber una conexión entre el asesinato de Sorello y este 'gran asunto'".

"¿Por qué?"

"Porque se menciona una fecha una y otra vez. Coincide con la fecha de la muerte de Sorello". El Sr. McKee dejó vagar su mirada. "Cada uno de ustedes tomará algunas de estas direcciones... Al menos hasta donde hemos podido determinar las direcciones reales de los autores del correo."

Fruncí el ceño. "¿Eso es realmente todo lo que tenemos en nuestras manos hasta ahora?"

"Esencialmente, sí", asintió el Sr. McKee. "Hay otra pista... Sorello ha estado recibiendo regularmente correos electrónicos de alguien que se hace llamar 'El Virus'".

"Es un seudónimo típico de la escena", dijo Clive. "Probablemente uno de la camarilla..."

El Sr. McKee puso una cara vaga. "Hay algunas cosas extrañas al respecto. En primer lugar, estos correos llegaron a través de un servidor en Rusia. El contenido, por otra parte, era comparativamente

inofensivo. Fotos eróticas en calidad muy granulada..."

"Lo que, por supuesto, tenía que ver por sí mismo", sonrió Orry.

El Sr. McKee hizo caso omiso de esta observación.

Su mirada permaneció completamente seria. "¿Por qué alguien haría que le enviaran fotos en una calidad increíblemente mala cuando podría descargarlas en cualquier otro sitio con mejor calidad? Especialmente alguien como Sorello, que sabía moverse por Internet como casi nadie. Lo más extraño es que volviera a enviar esas fotos..."

"Intercambio de fotos", comentó Clive. "Eso no es nada inusual. Y registrar una dirección de correo electrónico en Rusia es un juego de niños. Cualquiera puede hacerlo".

El Sr. McKee asintió. "Esa es la versión inofensiva. Otra posibilidad es que Sorello estuviera en contacto con el servicio secreto ruso, posiblemente incluso trabajando para ellos."

"Creía que se había producido un deshielo desde la reunión entre Bush y Putin", dijo Clive.

"Lo que no significa que a cada parte no le guste estar informada de las actividades de la otra", añadió el Sr. McKee.

10

Bruce Levonian puso la maleta sobre la mesa, la abrió y cogió uno de los fajos de billetes de dólar. Acarició el fajo por un lado.

Pequeños billetes usados...

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Guardó el fajo de dólares en el bolsillo interior de su chaqueta. Siempre era bueno llevar algo de calderilla encima.

Encadenaría el resto a su muñeca y saldría de Nueva York lo antes posible.

Un vuelo a Acapulco ya estaba reservado.

Partimos esta tarde. Sin escalas desde el aeropuerto JFK. Y entonces comenzó una nueva vida...

Ha tenido que esperar mucho tiempo para esto, pensó. Pero lo había cogido en el momento justo y había aprovechado la oportunidad de su vida en forma de maleta llena de dinero.

Bruce miró el reloj que llevaba en la muñeca, un Rolex falso. En el futuro podrá permitirse uno de verdad, pensó. Igual que nunca más tendrá que alojarse en hoteles destartalados como éste... Se dio la vuelta y encendió la radio de la mesilla de noche. Le interesaban las noticias locales. Escuchó atentamente. En lo que se refería al tiroteo de Bedford Street/Séptima Avenida, era evidente que el Departamento de Policía de Nueva York y el FBI seguían sin saber nada.

En cuanto al cadáver de Vonda en el aparcamiento, todo parecía estar en orden. Hubo un breve informe al respecto.

La autoridad policial local supuso que la joven se había suicidado.

Y mientras Vonda no hubiera sido tan estúpida como para dejar alguna pista sobre el "gran asunto" en su piso o algún pariente quisquilloso insistiera en ello, no habría ninguna investigación más detallada.

Lección aprendida, pensó Bruce.

¿A cuántas personas había matado? A docenas. Pero nunca había merecido tanto la pena como en este caso. Y, de hecho, Vonda le

había caído bastante bien.

En ese momento, la puerta saltó hacia un lado.

Un tipo alto con cara angulosa y el cráneo completamente afeitado se situó detrás.

Con ambas manos sujetaba un subfusil Uzi, cuyo corto cañón giraba y apuntaba directamente a Bruce Levonian.

Bruce quiso coger su propia pistola. Yacía sobre la cama junto con su funda de hombro y su chaqueta de cuero. A un paso de él. Pero era un paso de más. Bruce se congeló en mitad del movimiento. La chaqueta de cuero estaba extendida sobre la pistolera de tal forma que no podía verse la pistola que había dentro.

"¡Tranquilo!", siseó el calvo y entró.

No estaba solo.

Un segundo hombre le siguió. Era más bien delgado y llevaba una gorra de béisbol que le quedaba un poco grande. En la mano derecha sostenía una automática con silenciador.

Bruce levantó las manos.

El calvo le escrutó y luego le propinó un golpe brutal con la empuñadura de la Uzi.

Bruce retrocedió con un gemido, tropezó con el suelo y cayó con fuerza contra el radiador acanalado. La sangre salió disparada de su nariz y corrió entre sus dedos.

"¡Bueno, Bruce, hasta pronto!", gruñó el calvo. Con un manotazo, cargó la Uzi y luego apuntó con la delicadísima MPi al hombre agazapado en el suelo. "No pensabas que te encontraríamos tan rápido, ¿verdad?". Se rió suciamente. "Saludos desde 'El Virus'..."

Mientras tanto, el hombre de la gorra de béisbol dirigió su atención al maletín del dinero.

La abrió y luego asintió con aprobación.

"Todo parece estar ahí. Probablemente podamos prescindir de un largo recuento..."

"Nos faltan unos diez mil dólares", gimió Bruce Levonian. Intentó

levantarse, pero un movimiento brusco realizado por el calvo con su Uzi volvió a congelar al asesino.

El tipo de la gorra de béisbol esbozó una fina sonrisa. "¿Ah, sí?"

"Diez mil dólares son razón suficiente para que 'El Virus' mate a alguien", dijo Bruce. Ganar tiempo!, martilleaba su cerebro. Cada segundo contaba...

Pensó en cómo podría alcanzar el arma bajo su chaqueta. Pero las posibilidades eran escasas.

El hombre de la gorra de béisbol se rió a carcajadas.

"¡Estás preocupado, tío!"

"¿Qué te traes entre manos?", preguntó Bruce, aunque ya se lo imaginaba.

El hombre de la gorra de béisbol levantó la barbilla. "Usted mató a Vonda, ¿verdad?"

"¿Por qué lo pregunta?"

"Porque a 'El Virus' le gustaban".

"¡Oh, corta el rollo!"

"Sí, sí, es verdad. Si no, te pegaríamos un tiro en la cabeza, rápido e indoloro. Y por unos dólares en la mano, el mozo de limpieza de la planta baja metería luego tu cuerpo en el cubo de basura más cercano..."

Bruce enseñó los dientes como un depredador herido. El flujo de sangre de su nariz había disminuido.

"¿Y por qué no lo haces?", gruñó.

El tipo de la gorra de béisbol se acercó, mirando a Bruce Levonian.

"Porque 'El Virus' no cree que debas morir tan fácilmente..."

Bruce respiró hondo. Había contado con que le perseguirían por el millón de dólares.

Pero no que sus perseguidores le dejaran fuera de combate tan

rápidamente.

Sus pensamientos se aceleraron.

El pulso le latía hasta el cuello.

Sabía que el calvo era un temido torturador. Así que podía imaginar a grandes rasgos lo que le esperaba.

El hombre de la gorra de béisbol enarcó las cejas.

"'El Virus' podría haberte perdonado por el millón que robaste. Incluso podría haber entendido que no tuviste más remedio que matar a Vonda..."

"¡Escucha!"

"...pero el hecho de que te acostaras con ella le enfadó mucho. ¡Y por eso nuestro trabajo se está volviendo un poco desagradable ahora!"

"Escucha, ¿por qué no coges el millón y me dejas marchar?", sugirió entonces Bruce Levonian. "¡Dile a 'El Virus' que no me has cogido! Ni a mí ni al millón!"

El tipo de la gorra de béisbol rió roncamente.

"¡Estás alerta, Bruce! Un verdadero profesional, nunca se rinde... Personalmente, eso me gusta. Pero 'El Virus' nos ha encomendado esta repugnante misión y vamos a llevarla a cabo. Y ni siquiera vamos a pensar en tu sugerencia, ¡no sea que un día nos encontremos tan hundidos en el fango como tú lo estás ahora!"

"¿Qué te va a pasar? Desde luego, no voy a decirle a 'El Virus' que usted tiene el millón. Y mientras 'El Virus' no me ponga las manos encima, ¡nadie podrá desmentir tu historia! ¡Un millón por mi vida! Eso es justo!"

"¡Deberías haberte convertido en un mercader volador, Bruce!", murmuró su homólogo. "El problema de tu sugerencia es que tarde o temprano te toparás con 'El Virus' y entonces seremos el diablo....".

"¡Basura!"

"¡No hay ningún sitio donde no pueda localizarte!"

"¡Tío, eso es basura!"

"¿Así?" El hombre de la gorra de béisbol sacó un chicle del bolsillo de su chaqueta y se lo metió en la boca. "¿Adónde intentabas escapar, rata? ¿A Acapulco, por casualidad?"

Bruce Levonian se puso pálido.

"¡He dado en la diana, supongo!", dijo el calvo.

Y el hombre de la gorra de béisbol añadió: "El jefe debió de tropezar con él por casualidad en el ordenador central del aeropuerto JFK... Sea lo que sea lo que esté tramando, 'El Virus' iría un paso por delante de usted".

Bruce se sintió invadido por la desesperación.

Todo o nada, pensó.

Cualquier trato con estos lacayos de "El Virus" estaba probablemente descartado.

Bruce se levantó de un salto.

Puso toda la fuerza de su bien entrenado cuerpo en este movimiento. Su objetivo era el arma bajo la chaqueta de cuero.

Pero no fue lo suficientemente rápido.

El hombre de la gorra de béisbol adivinó de antemano el plan de Bruce. Bruce recibió una brutal patada en la boca del estómago y se desplomó, gimiendo. El hombre de la gorra de béisbol dio la vuelta a la pistola con silenciador, la agarró por el cañón y golpeó. Golpeó a Bruce Levonian justo en la sien. Bruce se estremeció y luego se desmayó.

El calvo bajó la Uzi.

"Llevémosle a algún sitio donde no nos molesten", sugirió. "Espero que no le hayas dado una paliza tan grande que no se dé cuenta de ninguno de los bonitos juegos que tengo planeados para él..."

11

Max O'Flaherty era uno de los nombres que pertenecían a la camarilla de hackers de Mark 'BigByte' Sorello y había estado en contacto con el asesinado hasta el final. Le visitamos en su piso del sótano del Lower Eastside.

Las habitaciones que ocupaba O'Flaherty casi no tenían ventanas. La fría luz de neón tenía un efecto repelente. Las paredes estaban simplemente enlucidas, pero no pintadas.

Carteles de cine de gran formato de películas de acción los cubrían parcialmente.

O'Flaherty puso los ojos en blanco mientras le mostrábamos nuestros carnés de identidad.

"¿Qué quieres aquí? ¡Estoy limpio y gano dinero honradamente!"

Levanté las cejas. "¿Así?"

"Pruebo juegos para varias revistas de informática".

"Pero tampoco se hará rico con ello".

"No, pero tienes los juegos gratis".

"'BigByte' de alguna manera consiguió el mejor trato, ¿no?"

Max O'Flaherty, también conocido como "SmartMax" en la escena de la época, se quedó sorprendido.

"Ah, de ahí sopla el viento..."

"Buscamos al asesino de Sorello".

Nos ofreció asientos cerca de su sistema informático. "Si quieren una bebida, lo mejor que puedo ofrecerles es una Coca-Cola light..."

Milo y yo levantamos las manos casi simultáneamente.

"Gracias, estamos de servicio", dijo mi colega.

O'Flaherty se sentó en una silla de oficina giratoria y cruzó las piernas.

"¿Cuál era el 'gran asunto' mencionado en los correos electrónicos que intercambió con Sorello?", le pregunté.

O'Flaherty respiró hondo. "'BigByte' siempre fue un bicho raro. Estaba fuera de contacto con la realidad..."

"Sin embargo, sí que lo tenía cuando se trataba de finanzas", señalé.

"Sí, puede verlo así..."

"Está evitando mi pregunta", dije fríamente.

"Pero será mejor que responda con la mayor sinceridad posible. Mark Sorello murió a manos de un asesino a sueldo. Obviamente, estaba involucrado en algo mucho más allá de sus capacidades.... De todos modos, para alguien valía mucho quitarse de en medio a 'BigByte' y debe haber una razón para ello. Si usted está involucrado en lo mismo, sería mejor que pusiera sus cartas sobre la mesa ahora".

"Antes de que usted también reciba una visita desagradable", añadió Milo.

El rostro de O'Flaherty se volvió pensativo. Se rascó la barbilla. "Maldita sea, 'BigByte' era un empleador de mierda. Un día me habló de un plan que llamaba 'la gran cosa'".

"¿Qué ha sido eso?"

"Habló de descifrar los códigos de acceso a los ordenadores del Pentágono..."

Ni Milo ni yo dijimos una palabra durante unos segundos.

Sólo intercambiamos una mirada.

"Realmente una 'gran cosa'", murmuré.

"Mark estaba obsesionado con ello. Sé que lo intentó hace años

pero no lo consiguió. Pero entonces era probablemente más de naturaleza deportiva".

"¿Y ahora?"

"Mark iba tras el dinero como el diablo tras la pobre alma..."

"Aparentemente con éxito".

"Se podría decir que sí".

"Ahora vamos, no dejes que te salga todo por la nariz..."

Max O'Flaherty se echó hacia atrás. "Hace unos años, un par de colegas de Hamburgo consiguieron entrar en los ordenadores del Pentágono. Pero desde entonces, se han vuelto más precavidos. Han invertido mucho en seguridad".

Alcé las cejas. "¿Qué está tratando de decir? ¿Que algo así ya no sería posible hoy en día?".

Sacudió la cabeza. "Sólo que hay que esforzarse más y quizá dejar que un genio algo mayor se encargue del trabajo".

"¿Y 'BigByte'? ¿Era un genio?"

"Le hubiera gustado serlo".

"Pero no tenía lo que hay que tener..."

"Así es. Básicamente, sólo era un títere de alguien llamado 'El Virus'. Mark era lo suficientemente bueno como para hacer de perro minero para 'El Virus'".

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, entró en sistemas alienígenas por él, desde los que 'El Virus' podía seguir operando. Si Mark hubiera tenido mala suerte, una operación de este tipo podría haber sido rastreada hasta él y habría sido enviado a prisión. Luego, por supuesto, también había pequeños 'trabajos' que a Mark se le permitía hacer por su cuenta. Entrar en el ordenador de una compañía de seguros médicos y borrar ciertos datos que alguien no quería que se almacenaran. O averiguar qué enfermedades padecía alguien... Hay muchísima gente interesada en esa información".

"De ahí la riqueza de 'BigBytes'", concluyó Milo.

O'Flaherty asintió. "¿Y nunca ha participado en algo así?", pregunté, algo incrédulo.

O'Flaherty levantó las manos. "Tío, ¿esto parece un ático o un sótano?".

"Bueno..."

"¡Bueno, ahí lo tienes! Conoces el ático de Mark, ¿verdad? ¿Qué crees que tuvo que pagar por él? Quiero decir, la tentación era bastante grande, ¡pero sabía que ustedes los policías me estaban vigilando de cerca y que estaría en el anzuelo para la próxima cosita!"

"Mark Sorello parece haberlo comprobado menos".

"Era un tonto. Dejó que este 'virus' le dejara seco y ¡ni siquiera se dio cuenta! Así es como yo lo veo!"

"¿Quién está detrás de este nombre?"

"No tengo ni idea. Ni siquiera sé si es una persona o todo un grupo".

"¿Nunca le preguntó a Mark Sorello sobre esto?"

"Él mismo no lo sabía. Ése era el truco de todo el asunto. Si Mark se hubiera enterado, sus clientes ni siquiera se habrían dado cuenta. Creo que el contacto se hizo a través de un servidor en Rusia. Nunca se podrá averiguar quién lo originó, por muy corruptas que sean las condiciones allí... Hábilmente organizado, ¡envidia hay que tenerles!"

Milo preguntó: "¿Cuándo empezó Sorello a hablar de "la gran causa"?".

"Durante aproximadamente un mes. Nos conocimos en 'Billy's Bag', que es un salón de billar en la calle 57. Allí fue donde me lo contó por primera vez. Me dijo que pronto se quedaría sin trabajo. Y me ofreció la oportunidad de participar".

"Pero usted se negó".

"Sí".

"¿Cuál habría sido su trabajo?"

Se inclinó hacia delante. "¡Eh, tío, este tipo de cosas se hacen igual! En una agencia como el Pentágono o la NASA, hay miles de

ordenadores conectados en red. Por supuesto, no puedes entrar en el sistema principal, está bien protegido. Hay que entrar por la puerta de atrás, por así decirlo. Las estadísticas sugieren simplemente que algunos de estos varios miles de ordenadores todavía tienen la contraseña y los códigos de acceso configurados de fábrica. Y entonces se puede entrar. Sólo hay que buscar lo suficiente y ése era el trabajo por el que se pagaba a Mark".

"¿Qué pasa si no hay ningún ordenador en la red de datos que esté configurado de fábrica?"

"Tampoco hay problema. Sólo necesita las fechas de nacimiento y los nombres de pila de los empleados y sus familiares. Al menos la mitad de las contraseñas están formadas por estas combinaciones. Y puede obtener fácilmente los datos de otras fuentes. Las calculadoras de seguros médicos son ideales para esto..."

"En su opinión, ¿en qué fase se encuentra este proyecto?"

"Tal y como yo lo veo, debe haberse finalizado recientemente".

"¿Disculpe?"

"¡De todos modos, Mark cobró tanto en concepto de honorarios que pudo comprarle un Ferrari! Incluso me dejó conducirlo una vez. Una cosa caliente, ¡te lo digo!"

Antes de irnos, le di mi tarjeta. "Si se le ocurre alguna otra cosa que pueda interesarnos..."

"...¡Te llamaré!", prometió.

"¿Qué vamos a hacer con este tipo?", me preguntó Milo cuando estábamos de vuelta en nuestro deportivo. "¿Te estás creyendo que no tiene nada que ver con la "gran cosa"?"

"Hasta ahora, ni siquiera sabemos si hay algo de cierto", señalé. "Sólo tenemos la declaración de O'Flaherty".

"Puede que todavía haya algunos amigos de 'BigByte' con los que se haya ofrecido a trabajar".

"Sí, pero dudo que todos tengan el valor suficiente para hablar de ello".

"¡Al menos no los que aceptaron la oferta!"

"En cualquier caso, tenemos que informar al señor McKee. Nuestro jefe debe intentar averiguar si alguien en el Pentágono ha notado algo sobre un "intento de intrusión" en la red de datos!"

"En mi opinión, deberíamos confiscar los ordenadores de todas las personas de nuestra lista y hacer que los investiguen...".

"¡Ningún juez estará de acuerdo con eso!"

Milo se encogió de hombros. "Probablemente tengas razón, Jesse. Sin embargo, este puede ser un caso que afecte a la seguridad nacional..."

El teléfono móvil de Milo sonó. Estaba en el sistema de manos libres de nuestro deportivo, así que ambos pudimos escucharlo.

El Sr. McKee estaba al teléfono.

"Una mujer ha sido encontrada muerta en un aparcamiento de Nueva Jersey. Vonda McDaniels. Los colegas pensaron inicialmente que se trataba de un suicidio, pero ahora hay dudas. Vonda McDaniels vivía en la calle 53 Oeste, número 432, y un registro de su piso ha descubierto una interesante conexión con nuestro caso... Quiero que se olvide de esta camarilla de hackers por un tiempo y vaya allí inmediatamente".

"De acuerdo, señor", dijo Milo.

Y luego mi colega informó sobre los resultados de nuestra

investigación hasta el momento.

El Sr. McKee escuchó atentamente.

"Lo consultaré con el Pentágono y con mis colegas de la NSA", anunció. "De lo contrario, sólo me queda esperar que ambos estén equivocados y que O'Flaherty les haya tomado el pelo".

"Si hay algo de cierto, los contactos con el servidor en Rusia serían, por supuesto, especialmente explosivos".

"Si los códigos de acceso del Pentágono llegaran a nuestros nuevos amigos de Moscú, probablemente seguiría siendo la variante más inofensiva. Básicamente, ¡cualquier servicio secreto del mundo podría estar detrás de ello! E incluso en nuestro propio país, hay muchos interesados en esos datos..."

"Las empresas de defensa, por ejemplo, a las que les gustaría saber de antemano lo que el Pentágono está planeando para el futuro", dije. "Es una buena forma de eliminar la competencia a la hora de licitar proyectos de defensa...".

Veinte minutos después, habíamos llegado a la dirección que nos había dado el Sr. McKee. Era un bloque de pisos de clase media. Vonda McDaniel había vivido en el piso trece. Las ventanas tintadas nos daban una vista despejada del Hudson.

Incluso más lejos con buen tiempo. Casi hasta el lugar donde había muerto la joven.

En el piso nos encontramos con un equipo de la División de Investigación Científica y con el capitán Nathan Blake, de la comisaría 46 del Departamento de Policía de Nueva York.

"¡Hola, Jesse, hola Milo!", nos saludó Blake. Nos conocíamos brevemente. Nat Blake trabajaba para el Departamento de Policía de Yonkers. Pero debido a desacuerdos con sus superiores, no le habían ascendido. Después de trasladarse a la policía de Nueva York, las cosas se habían solucionado. Ahora era capitán y jefe de una comisaría.

"¿Cómo estás, Nat?", le pregunté.

"No puedo quejarme - excepto del trabajo descuidado de mis colegas en Nueva Jersey. Déjeme mostrarle algunas fotos de la escena del crimen..."

Sacó las fotos del bolsillo de su chaqueta y las extendió sobre la mesa baja del salón, con la que ya habían acabado los colegas del SRD. "Primero disparó a Vonda McDaniel desde una distancia de uno a dos metros. Después, el autor puso el arma en la mano de la víctima, colocó la boca del cañón sobre la herida de bala y volvió a apretar el gatillo. La segunda bala perforó el cráneo y penetró en el suelo. El agresor la retiró, pero la bala aún podía rastrearse. Granos de arena derretidos por el calor de la bala, rastros de la sangre de la víctima que el proyectil arrastró hasta el suelo... No quiero entrar en detalles. Ya conoce el procedimiento".

"¿Y hasta qué punto hay relación con el tiroteo de la esquina de la calle Bedford y la Séptima Avenida?", preguntó Milo.

Nat Blake levantó las cejas. "¡El tiroteo es bueno! Por lo que dicen, ¡fue una auténtica masacre!" Nos hizo un gesto a Milo y a mí para que le siguiéramos. Entramos en la habitación vecina uno tras otro.

Un colega de la DRE, con una larga melena pelirroja y un mono protector desechable blanco y finísimo, estaba ocupado tomando huellas dactilares de la manilla de la puerta.

Un sobre marrón yacía sobre un escritorio de roble de aspecto digno.

"¿Ya has terminado con eso?", preguntó Blake, señalando el sobre.

"¡No, por favor, sólo tocar con guantes de látex! Aún no he llegado a hacerlo", fue la respuesta de la pelirroja.

De todos modos, Blake llevaba guantes de látex. Abrió el sobre desprecintado. Dentro había fotos. Mostraban a una persona que estaba en nuestra lista de buscados.

"¡Desmond Cole!", gemí. El hombre del Mitsubishi que había sido objetivo del escuadrón de la muerte en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida.

Nat Blake asintió. "¡Sí, exactamente! Tendrá que averiguar qué significan exactamente estas fotos".

"¡Estas instantáneas parecen que Cole ha sido ensombrecido!", declaró Milo. Algunas de las fotos mostraban el rostro en primer plano. Otras estaban tomadas desde una distancia mayor. Mostraban a Cole con otras personas en uno de los innumerables cafés de acera del

Village. Luego estaba hablando por teléfono en un teléfono público de Madison Square. Otra probablemente le mostraba en Battery Park. En cualquier caso, la Estatua de la Libertad se veía al fondo. Cole hablaba con otro hombre, al que por desgracia sólo se veía de espaldas.

"¿A qué se dedicaba esta Vonda McDaniels?", pregunté.

Nat Blake se encogió de hombros. "Según nuestras averiguaciones, tenía suficiente dinero, pero ningún trabajo con número de la seguridad social".

Señalé la pantalla del ordenador sobre el escritorio.

"Pero es obvio que sabía algo de ordenadores..."

"No sé..." Antes de que pudiera tocar el teclado, Nat Blake me entregó un guante de látex. "Toma estos, de lo contrario te meterás en problemas con nuestro colega..."

Me puse el guante y activé el ordenador.

Tuve que introducir una contraseña.

"¿Tiene la fecha de nacimiento de Vonda McDaniels?", le pregunté a Nat Blake.

"¿Por qué?"

"Si eso no le sirve, necesito los nombres y fechas de nacimiento de amigos, parientes y mascotas..."

Nat Blake me miró un poco asombrado.

"¡Acabamos de recibir un curso intensivo de hacking!", dijo Milo con una sonrisa.

Con la fecha de nacimiento entré realmente en el sistema.

"Vaya, vaya", me di cuenta poco después. "Vonda McDaniels ha recibido un correo electrónico: de Rusia".

El remitente: 'El Virus'.

El contenido consistía en unas pocas imágenes de grano grueso y calidad miserable, en las que mujeres desnudas holgazanean en poses relevantes.

"Dígame, ¿hay alguna prueba que sugiera que Vonda McDaniels era lesbiana?", le pregunté a Blake.

"No estaba casada, pero aparte de eso..." Sacudió la cabeza.

13

El Chrysler de color metálico circulaba por la carretera transversal nº 2, que atraviesa el centro de Central Park. El hombre de la gorra de béisbol iba al volante.

El hombre calvo se había sentado en el asiento del copiloto y masticaba unos cacahuetes.

"¡Está aquí mismo!", dijo, masticando.

El hombre de la gorra de béisbol pisó los hierros. El Chrysler se detuvo con el chirrido de los neumáticos. El hombre calvo dejó caer dos docenas de cacahuetes del paquete que sostenía con la mano izquierda.

"¡Cuidado, Joss!", le increpó el calvo.

Joss, el hombre de la gorra de béisbol, señaló un estrecho sendero que se adentraba en medio del bosque. El Rumor era el nombre de este trozo de bosque. Tenía varios kilómetros cuadrados. El pulmón verde de la Gran Manzana. "¡Por aquí se entra!", dijo.

Pisó el acelerador. El Chrysler tomó una curva cerrada y luego recorrió la estrecha carretera a una velocidad de vértigo. Los amortiguadores estaban al límite.

Joss sólo detuvo el coche cuando sencillamente no pudo avanzar más y llegaron a una pendiente.

"Fuera", dijo Joss. "El deber me llama".

"Espero que estemos lo suficientemente lejos para que nadie oiga los gritos".

"Y espero que haya pensado en una pala para limpiar el desastre..."

Salieron.

El hombre calvo abrió el maletero. Llevaba la Uzi despreocupadamente en bandolera.

Bruce Levonian había sido atado en un verdadero fardo. El calvo lo arrastró fuera del maletero y lo tiró al suelo.

Un gemido salió de la boca ensangrentada de Levonian.

Joss encendió un cigarrillo.

Se quedó un poco aburrido, con el pulgar detrás de la empuñadura de la automática que sobresalía de su cinturón.

"Asegúrese de que recupere el conocimiento antes de empezar su programa", exigió Joss. "De lo contrario, no sacará nada en claro".

El calvo se rió asquerosamente y le dio una terrible patada a Bruce Levonian. Bruce gimió, aún aturdido. El calvo se agachó y le dio varios puñetazos en la cara.

"¿Puedes oírme, Bruce?", preguntó.

La respuesta de Bruce fue ininteligible. Un sonido arrastrado, nada más. Escupió sangre.

"¿Sabe por dónde empezamos?", preguntó el calvo, riendo entre dientes. "Ya conoce el problema. Es mejor no identificar el cuerpo. Apenas será posible por los dientes para cuando haya terminado con usted..." Volvió a reírse entre dientes. Luego continuó en voz baja: "Pero aún queda el asunto de las huellas dactilares. Normalmente, sólo sumergimos las yemas de los dedos en un baño de ácido cuando la persona ya tiene una bala en la cabeza. Pero a petición expresa de 'El Virus', hoy lo haremos al revés..."

La risa en el rostro anguloso del calvo se congeló.

La frente de Bruce salió disparada hacia delante en un instante. Golpeó al calvo en la nariz. La sangre le brotó a borbotones. Gritó.

Tardó un segundo entero en darse cuenta de que probablemente Bruce Levonian había vuelto en sí mientras él estaba en el maletero. Que el diablo sepa cómo se las había arreglado para soltar las ataduras. Sus manos salieron disparadas. Dos dedos de su mano izquierda apuñalaron al calvo en los ojos. La mano derecha agarró la Uzi y la arrancó del hombro del calvo.

Joss, mientras tanto, echó mano a su pistola.

Apenas la había sacado hasta la mitad cuando Bruce dejó que la Uzi se disparara. Media docena de balas destrozaron la parte superior del cuerpo de Joss, haciéndole sacudirse como una marioneta y luego caer al suelo cubierto de sangre.

Bruce se levantó lentamente.

Se liberó de los últimos grilletes.

El calvo se agachó en el suelo, temblando.

Bruce le apuntó con la pistola.

"Quizá tengas razón", murmuró. "Quizá realmente no haya forma de escapar de tu jefe... ¡Así que hagámoslo al revés! ¡Usted me lleva hasta él!"

"Eso... ¡Eso no es posible!"

El calvo fue golpeado con el cañón de la Uzi y luego recibió una patada. Se dobló sobre sí mismo, gimiendo.

"¡Creo que eres demasiado sensible al dolor para no trabajar conmigo!", afirmó Bruce Levonian con una sonrisa fría.

"Me he puesto en contacto con el Pentágono", nos dijo el Sr. McKee más tarde en su despacho. Hacía tiempo que nuestro viaje había llegado a su fin. Podíamos ver las centelleantes luces de Nueva York por la noche a través de las ventanas. Orry ahogó un bostezo. Clive intentó despertarse con una taza de café.

Miramos atentamente al Sr. McKee.

"No sabemos de ningún ataque de datos que haya tenido éxito allí", dijo el Sr. McKee. "Y una comprobación inicial ha demostrado que no se ha producido ningún ataque de este tipo".

"¡Es increíble!", exclamó Milo.

"Quizá el ataque fue tan hábil que pasó desapercibido", dije. "Supongamos que este misterioso rey hacker con el seudónimo de 'El Virus' sólo estaba interesado en averiguar los datos de acceso, que luego vendió al mejor postor... ¡Entonces debía ser lo más cuidadoso posible! Porque si el Pentágono se enteraba, ¡los datos no valdrían nada!".

"Tengo que darte la razón, Jesse. En estos momentos, los informáticos de allí se están dejando la piel para cerrar todo tipo de brechas de seguridad, cambiar los códigos de acceso y cosas así..."

"Mientras no conozcan el agujero por el que entra 'El Virus', ¡es como si un ciego intentara defenderse de un puñetazo de un boxeador!".

El Sr. McKee suspiró.

"Jesse, estás asumiendo que la historia que te contó Max O'Flaherty es cierta. Pero, ¿y si sólo intentaba parecer importante?".

"No tiene ningún motivo para hacernos eso. Todo esto sólo le traerá problemas", señalé.

"Pero no puedes descartarlo, Jesse, ¿verdad?"

Me encogí de hombros. "¿Quién podría hacer eso?"

"Todo esto tiene un efecto secundario negativo para nosotros. Como el Pentágono niega un ataque de datos, sólo podemos conseguir una orden de registro para el piso de O'Flaherty. En cuanto a los

demás miembros de la antigua camarilla de Mark Sorello, no podemos pinchar sus teléfonos ni sus correos electrónicos ni realizar registros. Ningún juez estará de acuerdo con eso". El Sr. McKee miró a su alrededor. "Sé lo tarde que es, pero acabo de recibir la orden de registro. Me gustaría pedirle que confiscara su equipo informático y registrara el piso en busca de material sospechoso..."

"Me temía algo así", dijo Milo.

"Lo siento, pero ahora necesito que un montón de nuestros agentes sigan a los miembros de la antigua camarilla en torno a 'BigByte' Sorello. Puede que ahora toda la banda haya sido eliminada y alguno de los del grupo se esté descuidando..."

Cinco minutos más tarde, estábamos en el coche deportivo, dirigiéndonos a la dirección de O'Flaherty con varios otros coches del FBI.

"Si había algún material incriminatorio en su ordenador, sin duda O'Flaherty fue lo suficientemente inteligente como para destruirlo", se convenció Milo.

No pude evitar sonreír.

"¡Después de todo, se hace llamar 'SmartMax'!", bromeé. "Bueno, veamos si nuestro 'Max el inteligente' tiene realmente tanto bajo la manga".

Condujimos con una luz roja en el techo.

Después de todo, no queríamos que la acción en O'Flaherty se prolongara más de lo necesario. La noche ya era lo suficientemente corta.

En un tiempo récord, llegamos a la dirección del sótano del ex pirata informático, que ahora supuestamente sólo se mantenía a flote probando juegos.

"No puedo imaginarme a un hombre como O'Flaherty rechazando así la oferta de Sorello..."

"Quizá O'Flaherty sea muy listo y sepa que las autoridades le han estado vigilando desde la historia de entonces..."

"Oh, Milo, ¿de verdad crees eso?"

"Ya veremos".

Orry y Clive llegaron poco después en su Chevy, seguidos por el agente Fred LaRocca, que viajaba en una furgoneta con una joven agente llamada Sabra Davis.

Después de todo, necesitábamos espacio suficiente para confiscar el equipo informático del sospechoso.

Y eso es exactamente lo que se ha hecho ahora con O'Flaherty.

Sin embargo, la única prueba contra él hasta el momento era su propia declaración ante nosotros. Había informado de un ataque de datos que, según el informe oficial del Pentágono, no se había producido. O que no había sido advertido. Sin embargo, comprendí demasiado bien que el Pentágono estaba dando largas al asunto. Dar publicidad a un incidente de este tipo sólo empeoraba las cosas y animaba a los imitadores.

Así que oficialmente no hubo delito.

El testimonio de O'Flaherty era la única prueba que un juez podía aceptar. Los correos sexuales de Rusia también podrían explicarse de otra manera...

Bajamos las escaleras hasta la entrada del piso de O'Flaherty. Una ventana convertida en sótano, supuse.

Llamé a la puerta.

No había timbre en O'Flaherty.

"¡Max O'Flaherty, abra! ¡Es el FBI!"

No hay respuesta.

Lo intentamos dos veces más.

Entonces forzamos la puerta para abrirla.

La dejé volar hacia un lado con una patada. Tenía la SIG en ambas manos.

Dejé vagar la mirada y volví a enfundar la pistola. O'Flaherty no estaba allí. Había un caos indescriptible en el piso. Las pantallas de los ordenadores habían sido arrojadas al suelo, las carcasas de los ordenadores habían sido desatornilladas y algunas simplemente

habían sido abiertas. Los cojines de las sillas tenían rajas y el contenido de estanterías y cajones yacía en el suelo. Alguien había dado rienda suelta a su furia destructiva.

Di unos pasos hacia delante.

"Parece que llegamos demasiado tarde", comentó Orry.

"Tenemos que poner una orden de búsqueda y captura sobre O'Flaherty", sugerí. Estaba hirviendo por dentro. ¡Ese tonto! Ahora tendría suerte si le encontrábamos antes de que lo hiciera la gente que había rebuscado entre las cosas de O'Flaherty.

BUFFALO era un bar elegante de la Quinta Avenida, a apenas diez minutos de Central Park. Max O'Flaherty se detuvo ante la entrada. Un portero de rostro adusto le miró con desdén. O'Flaherty sospechaba que, con sus holgados pantalones cargo y su camiseta manchada, no tenía ninguna posibilidad de ser admitido en un establecimiento como el BUFFALO.

O'Flaherty se estremeció cuando alguien le puso una mano en el hombro. O'Flaherty se dio media vuelta y vio a un hombre con traje oscuro y rasgos chinos. El chino era de constitución muy menuda y apenas llegaba al hombro de O'Flaherty. Debía de estar esperando a O'Flaherty cerca.

"El señor Lee Kuan le está esperando", dijo el chino.

O'Flaherty se quedó indeciso un momento. Hizo un gesto al portero.

"Está bien", dijo el chino.

O'Flaherty dejó que el chino le guiara más allá del portero. El gorila hizo una mueca. O'Flaherty se preguntó cuánto le habría pagado el chino al portero para que mirara más allá de su atuendo.

El chino condujo a O'Flaherty a una mesa en la parte trasera del BUFFALO. Allí estaba sentado un hombre de ojos almendrados oscuros y bigote fino. Tenía un ligero sobrepeso y unos cuarenta años.

"¡Sr. Lee Kuan!", gimió O'Flaherty.

"¡Siéntese, O'Flaherty!", le pidió Lee Kuan.

O'Flaherty obedeció.

Detrás de Lee Kuan había un guardaespaldas de hombros anchos. Un chino con el pelo teñido de rubio. La pistola le atravesaba la chaqueta.

"Era su deseo verme, Sr. O'Flaherty..."

"¡Tiene que ayudarme, Sr. Lee Kuan!"

Lee Kuan levantó las cejas. "Entonces, ¿tengo que hacerlo?"

"¡Me persiguen!"

"No me digas..."

"¡Tengo que esconderme!"

"Entonces le deseo buena suerte con eso, Sr. O'Flaherty".

"¿Significa eso que...?"

El rostro de Lee Kuan permaneció completamente impasible. "Dígame una razón por la que debería molestarme con usted, señor O'Flaherty".

"¡Entonces no sé de qué va esta reunión!"

O'Flaherty quiso levantarse. El pequeño chino que se había colocado detrás de él le empujó hacia la silla.

"Por favor, no cause revuelo aquí", exigió Lee Kuan. "Algunas personas que están ahí detrás, en el bar, ya están mirando por encima..."

"¡No me importa!"

O'Flaherty lo dijo tan alto que incluso ahogó la música que sonaba de fondo.

Lee Kuan se echó hacia atrás, sacó un puro de un estuche plateado y se lo metió en la boca.

El guardaespaldas con el pelo teñido de rubio le prendió fuego.

Tras unos cuantos movimientos, Lee Kuan dijo finalmente: "Quizá lleguemos a un acuerdo después de todo. Sabe que no hay nada que odie más que perder el tiempo".

"¡No me diga!", siseó O'Flaherty. Tenía la sensación de haber caído en una trampa.

El chino de complexión delgada se llevó ahora una mano a la nuca. Sintió algo frío y metálico...

¡Un anillo! pensó.

"¡No te muevas!" exigió Lee Kuan. "Y contrólate un poco más... Ya llama bastante la atención por su ropa. Mi colega Jhao lleva un anillo

muy especial en la mano. Cuando se aplica cierta presión, sale disparada una espina envenenada. Un aguijón que apenas se siente. El efecto es absolutamente letal, pero sólo hace efecto al cabo de varias horas. Antes de eso, sin embargo, usted ya no controla sus sentidos ni sus facultades mentales. No podrá pronunciar una frase sensata y es completamente inútil llamar a nadie. Ya sea a la policía o a cualquier otra persona".

Jhao aumentó la presión de su mano anillada sobre la nuca de O'Flaherty.

El ex hacker temblaba ligeramente. Un sudor de miedo se formó en su frente.

"¡Puedes hacerlo y hacer que me asesinen delante de todos!", siseó O'Flaherty.

"Por supuesto", asintió Lee Kuan.

"¿Dijo que aún había una posibilidad de llegar a un acuerdo?", susurró O'Flaherty.

"¿Sabías que 'El Virus' contactó conmigo?"

O'Flaherty se quedó boquiabierto. "No", susurró.

"Me ha pedido un pequeño favor. Quiere que te saque por él, O'Flaherty. Irónico, ¿verdad? Acude a mí para que le ayude a esconderse de 'El Virus' y yo me encargo de eliminarlos. Sólo hay una cosa que podría detenerme..."

O'Flaherty tragó saliva.

"¿Quieres dinero?"

"Quiero la identidad de 'El Virus'".

"¡No la conozco!"

"¡Pero estoy convencido de que un hacker con talento como usted podría seguirle la pista!"

O'Flaherty se mordió el labio. "¿Me vas a conseguir papeles?"

"Sí".

"De acuerdo..."

Lee Kuan rió brevemente. "¡Sabía que no eras tonto, O'Flaherty!"

La búsqueda de Max O'Flaherty fue infructuosa en los días siguientes. El hombre que se hacía llamar SmartMax había desaparecido de la faz de la tierra. Sólo cabía esperar que siguiera vivo.

Los autores que habían destrozado su piso eran evidentemente profesionales. En cualquier caso, ninguno de ellos había dejado huellas dactilares ni otros rastros utilizables. Y todos los discos duros habían sido retirados de los ordenadores del piso de O'Flaherty. Además, los desconocidos no habían dejado ni un solo disco o CD-ROM en el piso.

La sospecha era que O'Flaherty estaba más implicado en el llamado "gran negocio" de lo que nos había hecho creer.

En cuanto a los demás miembros de la antigua camarilla de Mark Sorello, media docena de nuestros agentes se dedicaron a interrogarlos uno por uno. Pero ni estos interrogatorios ni el seguimiento de estas personas arrojaron ninguna información. Sólo dos de esta lista habían estado en contacto con Mark Sorello en los últimos años. Jason Fenton vivía en el Asilo de San David, al norte de Yonkers, un centro de rehabilitación cerrado para drogadictos que se recuperaban de los efectos de su consumo de cocaína. Sorello había hablado con él regularmente por teléfono y ocasionalmente intercambiado correos electrónicos. El segundo era Eric McCourtney, a quien nuestra colega Leslie Morell encontró en su piso del sur del Bronx, donde dirigía un negocio de ordenadores usados. Su origen era más que dudoso, pero era casi imposible que uno de los dos estuviera detrás del nombre "El Virus".

Casi se podía tener la impresión de que nos habíamos sentado sobre un enorme pato.

Pero aún quedaba el hecho de que se había producido un salvaje tiroteo en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida y que Mark Sorello había sido el objetivo de un asesino profesional de primera clase.

Y tenía que haber razones para ambas cosas.

Así como por la desaparición de O'Flaherty.

Empezamos de nuevo. Con el tiroteo en la esquina de Bedford y la

Séptima Avenida. Mientras tanto, nuestro especialista en este campo, el agente especial Dave Oaktree, había preparado un informe balístico detallado.

Nos lo presentó en la sala de reuniones del Sr. McKee.

Se proyectó en una pantalla un croquis esquemático de la escena del crimen a vista de pájaro. Dave Oaktree lo explicó. Entonces quedó claro que Desmond E. Cole, el conductor del Mitsubishi, había sido disparado desde el coche deportivo rojo que más tarde fue simplemente abandonado en la escena del crimen. El deportivo llevaba matrículas falsas. Algunos de los testigos habían declarado que el coche había sido conducido por una mujer que coincidía con la descripción de Vonda McDaniels.

Así que estaba bastante claro que Vonda McDaniels era la asesina de Cole. Si había colaborado con los pistoleros que habían salido de la furgoneta seguía siendo una cuestión abierta.

En cualquier caso, el conductor de la Kawasaki había sido el cómplice que la había recogido.

Uno de los testigos afirmó haber visto una maleta.

Quedaba por ver si eso significaba algo.

En cualquier caso, el conductor de la Kawasaki debió de llevar a Vonda McDaniels al aparcamiento donde fue asesinada. Nuestros especialistas pudieron relacionar una huella de neumático con este tipo de motocicleta con un alto grado de probabilidad.

El piloto de la Kawasaki era probablemente el asesino de Vonda McDaniel.

Los kawasakis eran raros. Algunas de ellas se consideraban valiosas piezas de coleccionista. Sin embargo, todavía había varios miles de propietarios actuales de este tipo de máquinas en EE.UU.. Se había denunciado el robo de unas dos docenas de ellas. Lo cotejamos con los contactos telefónicos que Vonda McDaniels había mantenido en los últimos meses.

Hubo un solapamiento.

El hombre se llamaba Bruce Levonian. Al registrar su Kawasaki, había dado como dirección un hotel destartalado de East Harlem.

Se llamaba AMBASSADOR, tuvo fama de ser un burdel encubierto de la más baja categoría durante décadas y ahora servía principalmente como residencia permanente para personas que no podían permitirse nada mejor pero que necesitaban vivir cerca del centro de Manhattan.

Partimos hacia allí con un gran contingente.

Una veintena de agentes participaron en la operación.

Si este Bruce Levonian era nuestro hombre, estábamos tratando con un asesino despiadado. La forma en que mató a Vonda McDaniels hablaba por sí sola.

Durante el viaje, Milo llevaba una impresión informática en las rodillas. Habíamos averiguado mucho sobre Levonian a través del sistema de red de datos NYSIS. Levonian había sido incluido en la lista bajo el epígrafe "Criminal". Tenía 43 años y varias condenas por agresión con agravantes.

Era cinturón negro y había dirigido brevemente una escuela de kárate en Albany y más tarde una agencia de cobro de deudas en Coney Island, conocida por sus métodos rudos. No sabíamos a qué se dedicaba en la actualidad. Pero en el pasado siempre había tenido buenos contactos con los bajos fondos.

Llegamos al EMBAJADOR.

Era un edificio Brownstone de cinco plantas, cuya fachada ya estaba bastante deteriorada. Los colegas salieron en tropel y se colocaron alrededor del EMBAJADOR.

Milo y yo entramos en el vestíbulo. Un portero con sobrepeso estaba sentado detrás de un mostrador de madera leyendo el periódico.

Se sobresaltó cuando entramos.

Le tendí mi carné de identidad.

Esto le impidió abrir completamente el cajón, de cuyo tirador ya había tirado un poco. Probablemente allí había un arma.

"Agente especial Trevellian, FBI. ¿Qué habitación ocupa el Sr. Bruce Levonian?"

"El Sr. Levonian no vive aquí", explicó sin convicción.

Milo rodeó el mostrador y metió la mano en el cajón. Un revólver magnum del 45 estaba allí, cargado.

Milo cogió la pistola. "¡En Nueva York hay leyes estrictas sobre armas y apuesto a que esta cosa no está registrada!"

"Sí, ¿debo dejar que todos los mafiosos del barrio me quiten la caja registradora?", rugió el gordo.

Estaba sonrojado y respiraba con dificultad.

"En cualquier caso, no debería mentirnos..."

"¡El Sr. Levonian vivió aquí hasta hace unos días!"

"De acuerdo, no lo querías de otra manera", dijo Milo. "Un juicio como éste por posesión ilegal de armas puede ser bastante desagradable. Y no sé cómo se tomará tu jefe que pongamos patas arriba todo el AMBASSADOR por tu culpa".

"¡No puedes hacer eso!"

"¡Realmente tenemos que hacerlo! Claro que eso va a disgustar a algunos de sus invitados. Además, se corre la voz..."

"Dios mío, se ha mudado, esa es la verdad".

Estaba bastante molesto. Milo debió de tocar un punto sensible. Encontré una segunda al momento siguiente.

"Levonian tenía una Kawasaki..."

El portero literalmente se estremeció.

"¡No puedo recordar en qué tipo de vehículos circulan mis invitados! De todas formas, ¿qué sentido tiene?".

"Algunos colegas van a echar un vistazo al aparcamiento subterráneo de su casa. La Kawasaki es una prueba importante en un caso de asesinato", anuncié, mientras Milo señalaba los archivos en una estantería detrás del mostrador.

"Espero que los libros estén todos en orden, porque vamos a comprobar exactamente cuánto tiempo ha estado pagando el Sr. Levonian por su habitación y..."

"¡Escucha!", enfureció. "No quiero tener nada que ver con el asesinato".

"¡Muy bien, entonces hable!", le exigí.

El portero se había puesto bastante pálido. Tuvo que tragar saliva antes de empezar a hablar. "Dos hombres le han recogido. Levonian ha dejado de pagar el alquiler, así que le hemos reasignado la habitación. Sus cosas están en un almacén".

"¿Y la Kawasaki?", pregunté.

"De pie en el aparcamiento subterráneo..."

El portero empezó a sudar.

Milo negó con la cabeza. "No me lo puedo creer. Levonian debe haber estado fuera unos días sin que cancelaras su habitación de inmediato".

El portero cruzó los brazos delante del pecho. "¿Qué intenta decir, señor...?".

"Tucker. Agente Tucker". La mirada de Milo era gélida. "Ningún piloto de Kawasaki abandona voluntariamente su máquina..."

Orry añadió: "Toda la verdad, por favor, de lo contrario continuaremos la conversación en nuestra oficina de Federal Plaza..."

El portero vaciló. Finalmente, empezó a hablar. "Dos tipos entraron aquí. Uno llevaba una gorra de béisbol y era bastante bajito. El otro era un tipo realmente corpulento y no tenía ni un pelo en la cabeza. Agitaban una MPi y me dijeron que si hacía algún ruido o llamaba a la policía, estaría acabado. Para estar seguros, destruyeron mi sistema telefónico. Subieron a Levonian. No sé qué pasó allí. Me dijeron que diera una vuelta a la manzana..."

"Y eso es lo que hiciste", me di cuenta.

"Por supuesto, no estoy cansado de vivir. Cuando volví, Levonian había desaparecido".

El portero no había supuesto que Levonian volvería a entrar vivo en el AMBASSADOR. Así que lo lógico era desalojar su habitación. Tuvimos suerte si la Kawasaki no había acabado ya en el mercado negro.

"Muéstrenos la antigua habitación de Levonian y sus cosas", exigí.

El portero asintió.

Lee Kuan se sentó en la bañera de hidromasaje y miró a la latina de largas piernas que se había acercado al borde de la piscina. Estaba completamente desnuda. Su pelo rizado y oscuro le caía más allá de los hombros. Un amuleto de plata brillaba entre sus pesados pechos.

La joven puso los brazos sobre sus caderas curvadas.

"¡Madre de Dios, qué tipo tan extraño has traído aquí!", dijo ella. "¡Lleva unos pantalones que parece que podría caber en ellos dos veces y me mira como si fuera una criatura de Marte!".

Lee Kuan sonrió.

"Si te enfrentaste a él así, no me extraña, Terry..."

Ella sonrió. "¿Por qué me pasa algo?"

Terry se unió a él en la piscina con movimientos provocativos.

El rostro de Lee Kuan parecía pensativo. No estaba prestando toda su atención al seductor espectáculo que tenía ante sí. Terry lo percibió de inmediato.

Le acarició el pelo.

"¿Qué pasa, cariño?"

"Nada de qué preocuparse, Terry", dijo.

"¿Problemas de negocios?"

"Seguirá siendo suficiente para su vestuario de diseño y la ración diaria de nieve", dijo Lee Kuan. Respiró hondo. Siguieron unas palabras en mandarín que sonaron como una maldición.

Terry conocía a Lee Kuan lo suficiente como para saber que había que tratarlo con cautela.

Un chino de hombros anchos y pelo teñido de rubio entró en la habitación.

La frente de Terry se nubló.

No le gustaba cómo la miraba la rubia.

El guardaespaldas se acercó al remolino. Su rostro parecía una máscara de piedra.

"¿Qué está pasando?", gruñó Lee Kuan.

"Un mensaje de 'El Virus'..."

"Maldita sea..." murmuró Lee Kuan. Se le escurrió el color de la cara. Salió de la piscina y dejó que el rubio le ayudara a ponerse el albornoz.

"¿Y yo qué?", preguntó Terry con un mohín.

Lee Kuan volvió a dirigirse a ella brevemente.

"Date una ducha fría, cariño", sugirió.

18

No había nada entre las cosas de Levonian que nos llevara a ninguna parte.

La gente que se lo había llevado había sido obviamente lo suficientemente inteligente como para no dejar nada que pudiera ayudarnos.

De hecho, la Kawasaki seguía en el aparcamiento subterráneo. También comprobamos la habitación que había ocupado Levonian.

Entretanto la habían limpiado a fondo, así que no teníamos ninguna posibilidad de encontrar nada.

Bastante deprimidos, volvimos hacia Federal Plaza.

"Me parece que alguien se ha quitado de en medio a Levonian", dijo Milo. "La única pregunta es quién".

"Obviamente se convirtió en una carga para alguien..."

Milo negó con la cabeza. "Vonda McDaniels y Bruce Levonian tomaron algo de este Desmond Cole..."

"Se refiere a esta maleta que sólo ha visto un testigo".

"¿Por qué inventaría semejante detalle?"

"También es verdad otra vez".

"Qué le parece esto: Cole procedía de una entrega de dinero, Levonian y Vonda McDaniels lo sabían y le sacaron el dinero. Después, Levonian no quiso compartirlo con su socio..."

"Eso significaría que los datos de acceso a los ordenadores del Pentágono se vendieron hace tiempo".

"¿Qué te parece? ¡Esto está buenísimo! Se echa a perder más rápido que cualquier otra cosa..."

Recibimos una llamada de camino.

Era el Sr. McKee.

"Una tal Rita McDaniels se ha puesto en contacto con nosotros", informó nuestro jefe. "Dice ser la hermana de Vonda McDaniels. Quizás tenga algunas preguntas para ella..."

"Ya estamos en camino".

Veinte minutos más tarde llegamos a la Plaza Federal.

Rita McDaniels se encontraba en una sala de conferencias que en ese momento no se utilizaba. Mandy le había servido su famoso café. El Sr. McKee estaba presente, al igual que el agente especial Dirk Baker.

Milo y yo saludamos brevemente a nuestros colegas, luego nos dirigimos al testigo...

...y tuvo que tragar primero.

Rita McDaniels era una mujer impresionantemente bella. Su pelo era rubio oscuro y le colgaba en rizos hasta más allá de los hombros. El vestido era muy ajustado y se ceñía perfectamente a su figura. El parecido con su hermana era inconfundible. Las líneas de su rostro no dejaban lugar a dudas.

"Estos son los agentes especiales Jesse Trevellian y Milo Tucker..." nos presentó el Sr. McKee.

Rita miró primero a Milo, luego a mí y enarcó las cejas.

"¿Está buscando al asesino de mi hermana?"

"Sí, podría decirse que sí", asentí. En cierto modo, era cierto. Por supuesto, la muerte de Vonda McDaniels era sólo una pequeña pieza

del mosaico de un cuadro mucho mayor, del que hasta ahora sólo teníamos un esbozo.

"Cogí el avión para salir de Miami cuando me enteré de la muerte de Vonda... Me había preguntado por qué no respondía a los correos electrónicos ni a las llamadas telefónicas. Pero no le di demasiada importancia. Soy propietaria de una pequeña cadena de floristerías en Miami. Puede imaginarse lo estresante que puede ser eso. Y Vonda tenía sus propias tiendas..."

"¿Qué clase de negocio era ése?", preguntó Dirk Baker.

Rita se encogió de hombros y dio un sorbo a su café.

"No tengo ni idea. Algo relacionado con la bolsa o el comercio de futuros. Siempre se mostró bastante indiferente, casi como si temiera que yo quisiera una tajada de su éxito".

"¿Tuvo éxito?"

"Que yo sepa, nunca tuvo problemas de dinero. Pero esta impresión puede, por supuesto, ser engañosa".

"¿Con qué frecuencia se han visto?"

"A veces no durante unos meses, luego cada semana. Depende. Pero con el avión, no era ningún problema venir de vez en cuando".

Vi las fotos sobre la mesa. Levonian, Mark 'BigByte' Sorello, Desmond Cole...

"Estaba a punto de contarnos algo sobre la relación de su hermana con Bruce Levonian", siguió Dirk Baker.

Rita levantó las cejas. "Dios mío, la relación... Conocí a ese hombre una vez cuando llegué a Nueva York de improviso. Fue por motivos de negocios. Me presenté en su casa sin avisar. Simplemente me lo presentó como Bruce, sin apellido. Y como no estuvimos solos todo el tiempo, no tuve oportunidad de preguntar".

"¿Qué más le contó su hermana sobre ese tal Bruce?", preguntó Baker.

"Nada. Estaba muy abrochada y Bruce parecía algo incómodo porque me chocara con él. ¿Quién es ese Bruce Levonian?"

Hubo silencio durante un momento. Entonces el Sr. McKee dijo

finalmente: "Lo más probable es que sea el asesino de su hermana".

Rita miró a nuestro jefe con asombro. "Entonces ya lo sabe..."

"Todo lo que sabemos es que Levonian fue probablemente el autor. Pero el trasfondo del sangriento hecho sigue siendo un misterio. Para esclarecerlo, necesitamos que nos proporcione toda la información posible sobre su hermana. Cada detalle podría ayudarnos..."

"Definitivamente me quedaré aquí en Nueva York por un tiempo para seguir estando a su disposición para la investigación".

"Eso estaría muy bien", dijo el Sr. McKee.

Resultó que Mark Sorello no la conocía.

Y lo mismo ocurría con Desmond Cole, el asesino profesional que había sido asesinado por Vonda McDaniels.

Escuchó en silencio mientras el Sr. McKee le enseñaba esta verdad. Su bonito rostro se puso blanco como una sábana.

El hecho de que su hermana hubiera sido asesinada ya había sido un shock para ella. Pero ahora tenía que tragarse el hecho de que Vonda también había cometido un asesinato a sangre fría, junto con el hombre que había acabado con su propia vida poco después.

"No puedo creerlo", dijo sin ton ni son.

"Los hechos hablan por sí solos", dijo el señor

McKee afirma. "No importa cuánto tiempo lo posponga: En algún momento tendrá que enfrentarse a esta verdad. Sin embargo..." El Sr. McKee vacila.

Ella levantó la vista. "¿Sí?"

"Aunque su hermana haya cometido un asesinato, eso no da derecho a nadie a matarla. Debería saber que perseguimos el asesinato de un asesino con la misma intensidad que el asesinato de una persona completamente inocente."

Rita asintió en silencio.

Las lágrimas corrían por su rostro, emborronando su discreto maquillaje.

El Sr. McKee se inclinó un poco hacia ella a través de la mesa. "Usted me dijo antes que quería conocer los antecedentes de la muerte de su hermana. También dijo que estaría a nuestra disposición para futuras investigaciones. ¿Sigue siendo cierta esa palabra?"

Ella asintió, quería decir algo, pero ningún sonido escapó de sus labios.

El Sr. McKee se echó hacia atrás, señalándonos a Milo y a mí. "Entonces, por favor, vayan al piso de su hermana con el agente Tucker y la agente Trevellian. Puede que estén mejor situados que nosotros para sacar conclusiones del entorno vital de Vonda McDaniel..."

19

Para llegar a la antigua dirección de Vonda McDaniel, no cogimos el deportivo, sino un espacioso Chevy de nuestro parque móvil.

Rita estuvo bastante callada durante el viaje.

Probablemente primero tenía que digerir lo que el Sr. McKee acababa de enseñarle.

Se volvió un poco más habladora en el piso. Sin embargo, ahora empezó a hacer preguntas. "¿Qué clase de hombre fue el que mató mi hermana?", preguntó.

"Un asesino profesional", le dije.

"Difícil de creer".

"¿Tu hermana mencionó alguna vez a alguien que se hace llamar 'El Virus'?", preguntó Milo.

Miró a mi colega con asombro y luego sacudió la cabeza.

"¿Quién sería?"

"Alguien que le escribía correos electrónicos con fotos de mujeres desnudas adjuntas".

"¿Y este 'El Virus' tiene algo que ver con su muerte?"

"Lo aceptamos".

"Y estas fotos... Realmente no puedo explicarlo. Vonda ciertamente no tenía tendencias lésbicas, si es eso a lo que quiere llegar. Pero quién sabe en qué 'negocios' estaba metida... Mientras tanto, ya nada me sorprende".

"¿Quiere decir que su hermana trabajaba en la industria del porno? Las fotos eran muy malas para eso", dije. "Originales miserablemente escaneadas de revistas al azar".

Se encogió de hombros. "Como dije, es un lado de ella que no conocía antes".

Milo intervino. "¿Qué más puede decirnos sobre Bruce Levonian?"

Señaló uno de los sillones del piso de Vonda. "Estaba sentado allí. Parecía bastante nervioso, bebía cerveza de lata, cosa que no soporto. No estuvieron juntos mucho tiempo".

Miré a Rita sorprendida. "¿Por qué?"

"Un mes después, Vonda me habló de un tipo estupendo que había conocido".

"¿Usted también lo conoce?"

"Sí, en un viaje corto que hicieron los dos a Miami. George Drake era el nombre del tipo. Traje oscuro de doble botonadura, coronas de chaqueta, Rolex en la muñeca. Calculo que apenas tiene treinta años. Sea lo que sea lo que hace para ganarse la vida, debe tener mucho éxito en ello. Estaban en Miami porque George quería comprar un barco de carreras. Vonda dijo algo de un cuarto de millón de dólares. Al principio pensé que estaba loca, pero después de ver el barco..."

"De algún modo, Vonda y Bruce Levonian deben haber vuelto a estar juntos", me di cuenta. "Fueron cómplices en un intento de asesinato. Se llevaron una maleta de la víctima, si hemos de creer a un testigo. ¿Se imagina lo que había en ella?"

Rita me miró. Había algo desafiante y felino en sus ojos. "Algo muy valioso, diría yo. Probablemente por eso Levonian la mató..."

Asentí con la cabeza. "Sí, ya hemos llegado tan lejos".

"¿Dónde está Levonian?"

"No lo sabemos. Puede que ya no esté entre los vivos..."

"Se me ocurre algo....", dijo Rita.

"Sácalo siempre", exigí. "Cada detalle podría ser importante para nosotros".

Rita cruzó los brazos bajo los pechos, paseó arriba y abajo con cara pensativa y luego se dejó caer en uno de los sillones. Se echó el pelo hacia atrás y respiró hondo. "Llamé a Vonda unos tres días antes de que muriera. Una vez me dijo que quería venir a Miami unos días con George. La fecha estaba fijada, Vonda quería que los tres pasáramos unos días agradables en el yate que George tenía en el puerto de Key West..."

"¡Los barcos deben estar realmente cerca de su corazón, Sr. Drake!" comentó Milo. "Es decir, usted hablaba de una lancha motora, luego del yate... ¿O se refería a la misma embarcación?"

"No, no. Como he dicho, George tenía dinero como el heno. Pero sus aficiones -- barcos y motos -- tampoco son baratas. Una vez le vi pagar en efectivo por una Kawasaki... La vio, le gustó y sacó un paquete de billetes tan grueso que el anterior propietario casi pierde el aliento".

"¿Una Kawasaki?", me hice eco.

"¡Cuánto crees que costó transportar la máquina en avión!"

"Usted quería hablarnos de su llamada a Vonda, tres días antes de que muriera", recordó Milo a nuestra bella testigo, que había perdido el hilo de su informe.

Rita asintió. "Sí. Vonda estaba toda excitada, hablaba de alguna cosa importante que iba a hacer, algún gran asunto..."

"¿Qué tipo de negocio?", le pregunté.

Encogió sus estrechos hombros y apoyó la barbilla en el codo.

"No tengo ni idea. Pero de fondo oí a alguien abriendo una lata de cerveza. Ya sabe, ese sonido característico cuando tira de la lengüeta metálica..."

"Sí, claro". Estaba un poco impaciente.

Rita levantó las cejas.

"Bueno, no sé mucho sobre el último tipo de Vonda, ¡pero George Drake desde luego no bebía cerveza de lata! Le he visto rechazar el mejor vino francés en un restaurante porque no se lo servían con suficiente estilo..."

Esto significaba que Vonda no había roto en absoluto su relación con Bruce Levonian cuando este chico maravilla llamado George Drake se cruzó en su camino.

Llevamos a nuestra testigo a su hotel, el 'New Continental' en la calle 34 Oeste. Luego nos presentamos en nuestra oficina de campo en el Federal Plaza.

Ya había amanecido. Hacía tiempo que nuestro período de

servicio había llegado a su fin.

Se podía contactar con el Sr. McKee en su despacho, como de costumbre. Era el primero de nosotros en abandonar el edificio Federal Plaza por la mañana y a veces el último a altas horas de la noche.

Desde que su familia había sido víctima de un delito, nuestro jefe había dedicado su vida por entero a la lucha contra la delincuencia.

Milo habló con el Sr. McKee.

Queríamos que el personal de nuestra oficina averiguara todo sobre un tal George Drake que dormitaba en las montañas de datos de los ordenadores a los que teníamos acceso oficial.

Sin duda le haríamos una visita al día siguiente.

"Bueno, ¿puedes hacerlo?"

Max O'Flaherty se estremeció literalmente. Se sentó frente a la pantalla del ordenador y se dio la vuelta.

De pie en la puerta estaba Terry, la hermosa compañera de juegos de Lee Kuan. Llevaba puesto el bikini más escaso que se pueda imaginar. Una sonrisa desafiante jugueteaba alrededor de sus labios carnosos. Se acercó al algo desconcertado O'Flaherty.

"¿Encontraron al tipo que se hace llamar 'El Virus'?", preguntó Terry, acariciando la espalda de O'Flaherty.

O'Flaherty respiró hondo. Sus ojos parpadeaban inquietos. Se le habían formado ojeras. El ayuda de cámara de Lee Kuan le había preparado un expreso tras otro, pero en algún momento ni siquiera esta carga concentrada de cafeína le mantendría despierto.

"¿Qué quieres?", preguntó.

"¡Quiero saber qué clase de hombre es que incluso deja que Lee Kuan baile a su son!", dijo.

"¿Quién le hace estar tan seguro de que 'El Virus' es un tipo?", preguntó O'Flaherty.

Ella se encogió de hombros. "Instinto", dijo. "¿Necesita un poco de alimento para el cerebro para que le resulte más fácil avanzar?", preguntó de repente.

O'Flaherty arrugó la frente.

Terry sonrió, luego se llevó la mano a la cintura de la braguita del bikini y sacó un sobre transparente que contenía polvo blanco. Cocaína. Se lo lanzó. "Prueba esto..."

"¡Eh, tranquilo! No necesito esta mierda!"

"Debería saber... Cuando he tomado la cosa, puedo incluso soportar a Lee Kuan rodando sobre mí con su exceso de peso..."

Ella se empujó contra él. Como por casualidad, el tirante de la parte superior de su bikini se deslizó un poco hacia abajo...

O'Flaherty se dio cuenta de lo que quería. Era evidente que buscaba un cambio. Y casi cualquier cosa parecía convenirle.

Terry se estremeció cuando el chino de hombros anchos y pelo rubio teñido apareció de repente en la puerta.

Era imposible saber lo que pensaba por su cara de cadáver amargo. Mantuvo su cara de máscara. Una rápida mirada a Terry, luego al paquete de cocaína... eso fue todo.

Terry se retiró de O'Flaherty.

"El señor Lee Kuan espera su presencia", dijo fríamente el chino.

O'Flaherty asintió y luego tragó saliva.

"¡Ya voy!", prometió.

Siguió al chino. Terry hizo una mueca y puso mala cara.

Poco después, O'Flaherty fue conducido a una habitación opulentamente amueblada. Los muebles se caracterizaban por las tallas más finas. Del techo colgaban campeones ornamentados con figuras de dragones.

Lee Kuan estaba sentado ante un escritorio con cabezas de dragón en las esquinas. Una pequeña pantalla plana estaba incrustada en la madera. Servía como superficie para escribir, pero la pantalla del ordenador también podía manejarse mediante puntos de presión. Lee Kuan no necesitaba ratón.

O'Flaherty contempló este equipo con interés.

Una ventana de vídeo estaba abierta en la pantalla plana. Mostraba a Terry, preciosa en su escueto bikini, cuyos tirantes se habían salido por fin de su sitio. Había vuelto a coger el paquete de cocaína y trataba torpemente de abrirlo.

Lee Kuan mantuvo la cara seria.

Sin embargo, se fijó en el rostro irritado de O'Flaherty.

"Terry se muerde las uñas", dijo Lee Kuan impasible. "Si no, no tendría problemas para abrir una carta así...".

O'Flaherty tragó saliva. Me ha estado observando todo el tiempo, se dio cuenta. Pero de un hombre como Lee Kuan no podía esperar

otra cosa. Fue demasiado ingenuo, se dio cuenta. Hubiera sido mejor no pedir nunca ayuda a Lee Kuan...

Pero ya era demasiado tarde para eso.

Ahora O'Flaherty estaba en un aprieto.

"He visto que respeta mi propiedad", dijo entonces Lee Kuan.

"¿Está hablando de Terry o de su sistema informático?"

"De ambos".

"Oh..."

"¿Qué has averiguado, O'Flaherty? Te di un plazo..."

O'Flaherty estaba sudando. "¡Te lo estás poniendo demasiado fácil! Después de todo..."

Lee Kuan levantó la mano.

O'Flaherty se calló involuntariamente. Sabía que un solo capricho de este hombre podía costarle la cabeza. Una vida humana no significaba nada para Lee Kuan. Por otra parte, O'Flaherty se preguntaba ahora cuánto podría valer aún su vida cuando hubiera cumplido su misión y ya no fuera importante para Lee Kuan...

Una fría tumba en un saco de plástico barato cargado de piedras, en el fondo del Hudson, pensó O'Flaherty. Probablemente eso era lo que le esperaba.

"Estoy teniendo mi día de gracia", dijo Lee Kuan. Chasqueó los dedos, ante lo cual el rubio chino le dio dos largas havanas. Lee Kuan le pasó una de ellas a O'Flaherty.

"Gracias, no fumo".

"Te lo estás perdiendo".

"Posiblemente".

"¿Sabe que es hombre muerto si sale de esta casa un solo paso, Sr. O'Flaherty?"

"Por supuesto".

"¿Y no tiene nada que demostrar?"

"Una pista, Sr. Lee Kuan. Se trata del servidor en Rusia... Pero necesito más tiempo... y estoy tan malditamente cansado. Apenas puedo pensar con claridad, ¿cómo se supone que voy a rastrear a un genio?"

La mano de Lee Kuan retumbó sobre el escritorio.

En el centro de la pantalla plana. La imagen tembló un poco.

"¿Sabes realmente de qué va todo esto, aparte de tu miserable vida, O'Flaherty? ¡Ese bastardo que se hace llamar 'El Virus' me vendió los datos de acceso a los ordenadores del Pentágono por mucho dinero! ¡Pero no valían para nada! El Pentágono cambió recientemente todos los códigos, todo el sistema de seguridad de allí obviamente ha tenido problemas.. . Quiero saber quién me ha estado llevando así por las narices... ¡Después de todo, tengo clientes que pueden enfadarse mucho! Maldita sea, tiene que ser rápido, O'Flaherty, y si no te das cuenta de eso, entonces eres comida para peces..."

21

George Drake vivía en Dakota House, cerca de Central Park. Una dirección noble. Un bloque de apartamentos con tradición. John Lennon había vivido aquí y le habían disparado delante de la entrada. Y Roman Polanski había utilizado Dakota House como telón de fondo para 'El bebé de Rosemary'.

En cualquier caso, no era barato alquilar una habitación aquí.

Drake nos recibió en un piso amueblado con gusto.

El mobiliario era de madera oscura y daba la impresión de una elegancia sencilla. Su piso era también la oficina de la empresa financiera un tanto oscura que dirigía. Pero aparte de un escritorio con un ordenador y unos cuantos archivos, Drake no parecía necesitar nada para dirigir esta empresa.

Drake mira tranquilamente nuestras placas.

"Tiene suerte de encontrarme aquí", dijo. "No estoy mucho en casa..." Señaló un asiento de la esquina. "Tome asiento. Supongo que la muerte de Vonda McDaniel le trae por aquí..."

Asentí con la cabeza. "Así es". Nos sentamos. Drake se quedó quieto al principio.

"Me enteré por el periódico..."

"Vonda McDaniels disparó a un hombre en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida y fue asesinada poco después por su cómplice..."

"Bueno, aún no se ha detallado tanto en los medios..."

Drake se dejó caer ahora en un sillón liso y cruzó las piernas. Parecía nervioso.

"Usted tuvo una relación con la señorita McDaniels", me di cuenta.

"Un pequeño asunto. Eso es todo lo que diría".

"No obstante, podrían haberse puesto en contacto con la policía".

Drake sonrió pensativo. "¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo? Lo siento, pero no creo que haya ninguna información relevante que

pudiera darle. Además... no quería involucrarme en este asunto".

"¿En qué asunto?", le pregunté.

"Las circunstancias en las que murió Vonda son cualquier cosa menos normales", dijo. "Trabajo en el sector financiero. Como suele decir un colega que tiene más éxito que yo... El capital es como un ciervo tímido.. . Tengo que tener mucho cuidado con que mi nombre aparezca en los medios de comunicación. Menciónelo una vez en el contexto equivocado y nadie le confiará más dinero".

"Quizá podría explicarnos su negocio", exigió Milo Tucker. Mientras tanto, dejé que mi mirada vagara un poco. Había unas cuantas revistas de informática y un ejemplar del New York Times en un revistero.

Me perdí el Wall Street Journal.

Drake reaccionó con reserva a la pregunta de Milo.

"La forma en que funciona mi negocio es simplemente que compro acciones al precio más bajo posible y las vendo al precio más alto posible. Eso es todo... Cuando la gente me confía su dinero, intento sacarle el máximo partido posible. Me llevo mi parte de los beneficios".

El personal de nuestra oficina aún no había podido averiguar demasiado sobre Drake. Era bastante discreto en cuanto a su comportamiento empresarial. En cualquier caso, no era uno de esos turbios hombres de negocios sospechosos de estar implicados en el blanqueo de dinero. Tampoco conocíamos ninguna conexión con los bajos fondos. Pero eso no significaba necesariamente nada a fin de cuentas.

Drake se aflojó la corbata. El traje de doble botonadura, bien ajustado, debía de estar hecho a medida.

"No soy una persona muy expresiva y tiendo a ser reservada cuando se trata de expresar mis sentimientos en público. Esto podría dar la impresión de que soy fría. Pero puedo asegurarle que la muerte de Vonda me toca muy de cerca. Aunque nuestra relación fue más bien fugaz..."

"La hermana de Vonda tuvo obviamente una impresión diferente", me di cuenta.

"¿Rita?" Drake sonrió suavemente. "Sí, la recuerdo. Creo que nos vimos una vez en Miami".

"Compró una Kawasaki allí", le dije.

Su rostro cambió. Se le formaron arrugas en la frente.

"Hasta ahora he respondido con mucho gusto a sus preguntas, agente Trevellian. Pero empiezo a tener la sensación de que se están centrando demasiado en mi vida privada". Levantó la barbilla. "De todos modos, ¡no veo qué tiene que ver una Kawasaki con Vonda o con ese tiroteo en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida!"

"La cómplice de Vonda..."

"...¡su posterior asesino!"

"Sí, así es. ¡Iba montado en una Kawasaki! ¿Dónde está su moto?"

"Pierdo rápidamente la diversión de tales juguetes..."

"Usted los vendió, Sr. Drake. Nuestro personal de oficina se ha enterado mientras tanto. A un tal Bruce Levonian. ¿Le suena ese nombre?"

Drake respiró hondo. Se levantó y se acercó a la ventana, desde donde tenía una excelente vista de Central Park. Luego se frotó los ojos. "Necesitaba un guardaespaldas de vez en cuando. Por eso contrataba de vez en cuando al Sr. Levonian".

"¿Cómo llegó a conocerle?"

"A través de Vonda. Cuando se enteró de mi Kawasaki, se volvió loco por ella. Necesitaba un compañero para una excursión en moto. Bruce era perfecto para ello. Le dejé la moto por un precio favorable. Después de todo, ya tengo dos Harleys y sólo tengo un culo para sentarme...".

"Vonda tenía un amplio equipo informático. ¿También le interesa?"

"Sigo las cotizaciones bursátiles por Internet. Por lo demás, me deja frío. Tampoco me resulta especialmente familiar. Y no me gusta el hecho de que la negociación tradicional en el parqué de Wall Street sea cada vez menos importante en comparación con la negociación de valores en línea."

"¿Tan joven y ya tan conservadora?", le pregunté.

La sonrisa de Drake parecía forzada.

"Así soy yo".

Saqué una foto de Desmond E. Cole y la puse sobre la mesa.

"¿Conoce a este hombre?"

Se apartó de la ventana, luego se acercó vacilante y finalmente cogió la foto. Tras un segundo, sacudió la cabeza. "No. ¿Quién se supone que es?"

"Desmond E. Cole, el hombre al que disparó Vonda".

"Nunca he oído hablar de ello".

"También utilizó otros nombres".

"Lo siento, creo que está perdiendo el tiempo conmigo, agente Trevellian".

Salimos de Dakota House con una sensación ambivalente.

"¡El tipo parece alguien que ha nacido con una cuchara de oro!", dijo Milo. "Apenas tiene treinta años y sufre el problema de poseer demasiados barcos y motos de carreras para poder regalar uno de estos juguetes a buenos amigos a un precio razonable..."

"¿Envidia, Milo?"

"No lo sé".

"Te has equivocado de amigos. Son todos unos pobres funcionarios..."

Nos sentamos en el coche deportivo que habíamos aparcado cerca.

"Aunque no le soporte: No creo que este Drake sea una pista que nos lleve a ninguna parte", dijo Milo.

"Conocía a Vonda McDaniels y a Bruce Levonian", señalé. "Y no creyó necesario informar a la policía después de todo lo ocurrido".

"Pero eso es todo lo que tiene en su plato, Jesse."

Suspiré audiblemente. "Desgraciadamente, sí".

"Nuestro personal de oficina ha estado trabajando hasta la extenuación en sus ordenadores para averiguar algo sobre este Drake. Pero es obvio que no tiene nada".

"¡Pero yo tampoco creo en las coincidencias, Milo! ¡Este tipo debe saber más de lo que dice! La forma en que ha estado dando evasivas..."

"¡Tienes que ser capaz de perder, Jesse!"

"¡Dímelo a mí!"

Bruce Levonian se balanceó sobre el muro que rodeaba el elegante bungalow de Riverdale. Riverdale era el lado de clase media del Bronx. No había calles decadentes como las del sur del distrito. En su lugar, había bungalows en amplias avenidas.

Bruce Levonian tenía la automática con silenciador en su mano derecha.

Dio la vuelta al bungalow. Detrás había una piscina.

Agachándose, se acercó acechando.

Apareció un tipo de hombros anchos vestido con un traje oscuro.

Pero no se dio cuenta de la situación con la suficiente rapidez. Antes de que el tipo se hubiera desabrochado la chaqueta y echado mano a su pistola, Bruce Levonian ya había apretado el gatillo.

El sonido del disparo no fue más fuerte que un potente estornudo. Una sacudida recorrió el cuerpo del guardaespaldas. Se tambaleó hacia atrás, sujetándose el estómago. La bala le había desgarrado la chaqueta y la camisa y también le había atravesado la mano. Estaba sangrando. Pero algo gris salía de debajo de la camisa. Kevlar. Al parecer, la enorme figura del guardaespaldas no era todo músculo después de todo. Con la mano derecha ensangrentada, el tipo intentó entonces sacar su propia arma. Una Beretta. Bruce Levonian no le dio ninguna oportunidad. Su segundo disparo alcanzó al guardaespaldas en la cabeza. Se desplomó y cayó en el lecho de rosas.

Levonian llegó a la terraza en pocas frases.

Un hombre gordo y calvo estaba sentado frente a un café expreso.

Había otro hombre mucho más joven en la mesa. Bruce Levonian le calculó unos veinte años. Era delgado y moreno. Su mano se metió automáticamente bajo la chaqueta de lana virgen gris. Pero se congeló en mitad del movimiento al mirar el silenciador de la automática de Bruce Levonian.

El hombre gordo mantuvo la calma y esperó.

Bruce Levonian se acercó.

"¡Uno de ustedes debe de ser Eddie Belmonte!" Señaló al hombre

gordo. "¡Encajas con la descripción!"

"¿Qué quieres?", preguntó el gordo.

"Pones a gente a cargo de las cosas difíciles, ¿no? Gente como ese Joss y la otra pipa que debían matarme. Torturar y matar, para ser precisos".

"Usted es levoniano", se dio cuenta Belmonte. Tomó tranquilamente un sorbo de su taza de café expreso. A Levoniano no le gustó que permaneciera tan tranquilo. Le hacía temer que aquel hombre aún tuviera un as en la manga.

Bruce se acercó al hombre de pelo oscuro, le puso el silenciador en la cabeza y le apartó la chaqueta. Bruce sacó un revólver con la mano izquierda. Lo enfundó. "¿Quién es este hombre?"

"Alguien que se supone que debe protegerme de gente como usted", dijo Belmonte.

Levonian apretó el gatillo. El hombre de pelo oscuro se desplomó en su silla. "¡Tendrá que prescindir de la protección durante un tiempo!"

"Me haces enfadar", replicó Belmonte. "¡El buen personal es difícil de encontrar!"

Levonian agarró el cuerpo del moreno por el cuello y tiró de él para sacarlo del sillón. Luego se sentó él mismo en él.

Belmonte miró a su homólogo a los ojos.

"No te tomes como algo personal que haya puesto a dos personas a tu espalda... Así son los negocios. Ya sabes cómo son las cosas. No eres completamente inexperto en el trabajo, por lo que he oído... Es sólo que yo lo he hecho todo a mayor escala. Siempre hay gente que tiene un problema y soy yo quien les ofrece el inigualable servicio de deshacerse de ese problema lo más discretamente posible..."

"He acabado con su gente", dijo Bruce Levonian.

"Eso es lo que pensaba. Si no, no estarías aquí".

"¿Quién le dio la orden de someterme a este tratamiento , Sr. Belmonte?"

"¿No lo sabe?"

"Todo lo que sé es que se hace llamar 'El Virus'".

"No sé más que eso. Los pedidos llegan por correo electrónico. El pago en efectivo por servicio de mensajería..."

"Esa era su gente en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida".

"Se toparon con ellos cuando intentábamos eliminar a ese tal Cole. Usted y esa Vonda... Deben haber estado siguiéndolo todo el tiempo..."

"¡Igual que tu gente!"

Bruce Levonian levantó el cañón de su pistola, apuntando justo entre los ojos del gordo.

"Estoy harto de la cháchara".

"¿Cómo crees que me siento? Sobre todo porque tengo un problema desde que sacaste a mis chicos".

"¿Ah, sí?"

"Tenían que recuperar la hucha. ¡Y apenas puedo explicarle a 'El Virus' ahora dónde ha ido a parar!"

"Si esa es tu única preocupación..." El rostro de Bruce se torció en una mueca. "Contaré hasta tres, entonces sabré la identidad de 'El Virus', o te volverás loco, Belmonte".

"Te lo dije...

"He oído lo que has dicho. Pero no te creo".

"¿Cree que soy el único que trabaja para 'El Virus'? Ha construido un verdadero imperio. Un imperio que casi nadie conoce. A diferencia de los grandes sindicatos a los que está acostumbrado. Nadie sabe quién es 'El Virus' y ése es el secreto de su éxito. Tal vez un engreído de San Petersburgo que sabe un par de cosas sobre ordenadores y quiere su trozo del pastel del gran dinero. O un estudiante discreto y lleno de granos de Columbia que no tiene novia y, por lo tanto, simplemente demasiado tiempo libre..."

Bruce Levonian hizo el disparo.

La bala alcanzó a Belmonte en el hombro.

El gordo gimió y miró a Levonian con los ojos muy abiertos.

"Dije que estaba harto de la cháchara", gruñó.

"Estás loco", gimió Belmonte. Sólo ahora parecía darse cuenta de que cualquier negociación era inútil. Se llevó la mano a la herida. La sangre se escurría entre sus dedos. "Si me matas, no tendrás ni rastro de 'El Virus'...".

Bruce Levonian volvió a disparar. La bala pasó zumbando por la cabeza del gordo, rozándole la oreja. La sangre resbaló por su cuello. "¡Siempre he querido saber si una persona con veinte kilos de sobrepeso puede aguantar más balas que un arenque flacucho como ése!". Y Bruce Levonian apuntó con el silenciador al cadáver del moreno.

"¡Buen trabajo!", dijo Lee Kuan. Se inclinó hacia atrás.

Detrás de él estaba su guardaespaldas con el pelo teñido de rubio. Max O'Flaherty estaba sentado frente a Lee Kuan. En la puerta estaba Jhao, el chino de aspecto menudo que le había amenazado con el pincho de su anillo envenenado durante la conversación en el bar BUFFALO.

"Ya he hecho mi trabajo. Ahora te toca a ti", exigió O'Flaherty.

Lee Kuan asintió.

Su rostro permaneció inmóvil. Por su vida, era imposible saber lo que estaba pensando en ese momento. Entonces chasqueó los dedos de su mano derecha.

El hombre rubio metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y entregó a su jefe un pasaporte.

Lee Kuan lo miró brevemente y luego se lo entregó a O'Flaherty.

"Un pasaporte australiano", explicó Lee Kuan. "Son lo más fácil de conseguir en estos momentos. ¿Le gusta su nuevo nombre?"

"John Smith... Dios mío, habría pensado que tenías un poco más de imaginación".

O'Flaherty se encogió de hombros y se guardó el documento en el bolsillo trasero.

"Puede irse, señor O'Flaherty", dijo Lee Kuan.

"Pero también necesitaría algo de cambio para el viaje... Quiero decir, ¿a dónde se supone que voy a ir? Ya sabe lo largo que es el brazo de 'El Virus'..."

"Sí, en efecto", asintió Lee Kuan. "Pero tendrá que organizar el resto de su huida usted mismo..."

"Si 'El Virus' me pone las manos encima, entonces..."

"¿Entonces qué?"

"Va a sonsacarme información sobre usted... Por ejemplo, que

ahora conoce su identidad".

Lee Kuan enseñó los dientes. "Pequeño astuto. Efectivamente hay peligro, pero tomaremos precauciones".

Hizo una señal a Jhao.

El pequeño chino abandonó su puesto junto a la puerta.

Alcanzó a O'Flaherty en pocos pasos. Cuando intentó levantarse, le empujó contra el sillón.

O'Flaherty sintió algo en el cuello.

Una puntada.

¡El anillo!", se sorprendió el hacker. Ese maldito anillo...

"Llévatelo, Jhao", dijo. "La muerte no llegará hasta dentro de unas horas, pero incluso antes, nuestro amigo no será capaz de decir una sola frase sensata..."

O'Flaherty se puso pálido.

"¡Tú... cerdo!"

Sus ojos salieron de sus órbitas. Empujó a Jhao para que se apartara de él, se levantó y se balanceó. Luego se frotó los ojos.

Jhao dijo unas palabras en mandarín.

"Acaba de decir que parece que respondes muy bien a la sustancia contenida en la espina, O'Flaherty. Estarás vagando por Chinatown. No tendría sentido darte dinero. Sólo se lo llevarían los mafiosos que campan a sus anchas por aquí. Además, no necesitará ni un céntimo para su último viaje, si estoy bien informado..."

O'Flaherty quería abalanzarse sobre Lee Kuan. Pero sus movimientos eran incontrolados. Se tambaleó y cayó al suelo. Un instante después, Jhao estaba con él y le agarró bruscamente.

"Termina el trabajo", gruñó Lee Kuan.

Milo y yo estábamos sentados en nuestra sala de guardia. El agente Max Carter, de Asuntos Internos, estaba con nosotros. Sus dedos se deslizaban sobre el teclado del ordenador con una seguridad casi sonámbula. En la pantalla había una imagen bastante granulada de una mujer desnuda recostada en un sofá.

"Nuestros expertos informáticos ya han averiguado cuál era el propósito de estos correos electrónicos", explicó Max Carter.

"Me hace mucha ilusión", le dije.

"Las imágenes se utilizaron para la transmisión de datos. Hay al menos un micropunto en cada una de ellas. Enormes cantidades de datos pueden comprimirse en un micropunto de este tipo. El contenido de libros enteros podría enviarse con una sola de estas imágenes sin que nadie se diera cuenta. De ahí su tosquedad. Cada uno de estos cientos de miles de puntos podría ser el que contuviera el mensaje real de forma increíblemente miniaturizada. Hacen falta especialistas para darse cuenta de ello...".

"¿Y cuáles son esos mensajes?"

"Instrucciones de 'El Virus'. Así gobernaba su imperio oculto..."

"Y nadie puede llegar a este tipo", dijo Milo.

"Todavía estamos escudriñando el material. Pero no hay duda de que Vonda McDaniels y Mark Sorello formaban parte de la organización de este desconocido llamado 'El Virus'".

Sonó el teléfono. Lo cogí.

Nadie contestó al otro lado de la línea.

"Soy el Agente Especial Jesse Trevellian de la Oficina de Campo del FBI en Nueva York. Por favor, pase..."

Un gemido, luego unos ruidos arrastrados que recordaban a un borracho que ya no era capaz de formar palabras.

Pero quien había marcado nuestro número allí no colgó.

Me volví hacia Max.

"¡Vamos, un circuito trampa! Quiero saber de dónde viene!"

Max asintió y se levantó.

Intenté una vez más ponerme en contacto con la persona que llamaba. O al menos impedir que se apresurara a colgar el teléfono. Intentó hablar. Era una retahíla de sonidos incomprensibles y sin sentido. De fondo se oía el ruido de la calle. La persona que llamaba hablaba desde una cabina telefónica.

Otro sonido se mezcló con el ruido de la calle.

Música.

Una canción pop china sonaba a todo volumen en un altavoz.

La persona que llamó colgó.

"¡Lo tenemos!", gritó Max Carter. "La llamada salió de una cabina telefónica en la esquina de Bayard y Mulberry Street".

"Eso pensaba..."

"¿Qué?", preguntó Milo.

"¡Barrio Chino!"

Cuando llegamos a la esquina de Bayard y Mulberry Street, ya había un paramédico del Servicio de Emergencias y algunos colegas de la policía de Nueva York.

El lugar del incidente estaba rodeado por varias decenas de curiosos.

"El hombre murió de un fallo cardíaco", dijo el médico del Servicio de Urgencias. Se levantó encogiéndose de hombros y me miró. "Por desgracia, llegamos demasiado tarde..."

Miramos al muerto.

Era Max O'Flaherty.

Estaba tumbado en el suelo con los ojos muy abiertos. Se había quitado a medias una de sus zapatillas deportivas de gran tamaño. Me incliné sobre él. Me fijé en la marca de pinchazo fresca que tenía en el cuello.

"¿Podría haber sido envenenado?", le pregunté al médico.

Se encogió de hombros.

"Podría ser envenenamiento por drogas sintéticas o medicamentos... Probablemente sólo se sabrá con más precisión tras la autopsia. En todo caso, hay venenos que son prácticamente indetectables... Las pupilas están muy dilatadas. Esto podría indicar el uso de drogas sintéticas".

"El hombre ya no era capaz de pronunciar una palabra sensata por teléfono", informé. "Aunque sin duda quería decirme algo...".

El médico asintió ligeramente. "Sí, eso encajaría en el cuadro. Pero no soy forense".

"Lo entiendo".

"¡Al menos aún tenía la lucidez suficiente para marcar su número, agente Trevellian!"

"¿Se ajusta a la imagen?"

"Por supuesto. ¿Quién sabe qué tipo de cóctel de drogas se ha

tomado aquí ? No paran de llegarnos casos en los que se han tragado sin vacilar las combinaciones más puras del horror para sentirse bien y bailar durante tres noches seguidas. El efecto es completamente incalculable. Pero el forense podrá decirle más...".

"Gracias".

Uno de los policías de Nueva York tomó la palabra. Se llamaba Green.

"Puede olvidarse de estas personas aquí como testigos", dijo. "¡Aquí, en Chinatown, nadie quiere tener nada que ver con la policía si puede evitarlo!"

Asentí sombríamente.

"¿Quién ha colgado el teléfono?", preguntó Milo.

Green se encogió de hombros. "Probablemente la persona que nos llamó. Por desgracia, ha permanecido en el anonimato".

"¿Se ha informado al forense?", pregunté.

"Sí, lo he hecho", dijo Green. "Me pregunto por qué no ha llegado todavía. Debe haberse quedado atascado en algún sitio".

Me levanté y volví a mirarle. Su cara parecía como si el mismísimo diablo le hubiera perseguido.

No había duda de que había dado específicamente nuestro número. Cerró el puño izquierdo. Lo abrí con cuidado. Dentro estaba la tarjeta que le había dejado cuando le visitamos. Maldita sea, pensé, debería haberse puesto en contacto conmigo antes... ¿Por qué Max O'Flaherty había intentado quitarse el zapato? Tenía que haber una razón.

Se puso en cuclillas y se quitó completamente el zapato.

Fue el instinto. Miré dentro del zapato, palpé el interior con la mano. Pero aparte de una suela ortopédica, no encontré nada allí.

"¿Qué tramas, Jesse?", inquirió Milo.

"¡Este hombre sabía que tenía un pie en la tumba!", dije. "Tomara lo que tomara, difícilmente fue voluntario".

"Así que se tambalea por Chinatown, ya sin sentido, y marca su

número con las últimas fuerzas que le quedan..."

"¿Qué harías tú en su situación, Milo?"

Se encogió de hombros. "Para asegurarme de que quien me haya hecho esto lo consiga después de todo. Pero no lo consiguió..."

"Pero este zapato..."

Empecé a quitarle el calcetín al muerto y me llevé una sorpresa.

Se había untado algo apresuradamente en la planta del pie con una birome:

VIRUS = DRAKE

"Parece que O'Flaherty sabía quién era 'El Virus'", dije.

"¿George Drake?" preguntó Milo, frunciendo el ceño.

"Hay una conexión: conocía a Bruce Levonian y a Vonda McDaniels".

A pesar de todo, el rostro de Milo parecía un poco perplejo. "¡Pero este garabato en la planta del pie no es una prueba!"

"No, pero supongo que ahora tendremos que hacerle una visita al Sr. Drake".

"¿Quién es?" preguntó George Drake por el intercomunicador.

"Servicio de mensajería. Un envío para entregar personalmente".

Drake miró por la mirilla.

El hombre del otro lado llevaba un guardapolvo gris, un paquete de algún tipo bajo el brazo y una gorra de visera bastante baja calada sobre la cara. Como también estaba ligeramente inclinado hacia delante, Drake no pudo distinguir más de su cara que la barbilla.

"Póngalo fuera de la puerta", dijo Drake.

"Necesito su firma".

Drake abrió la puerta.

Momentos después, miró el silenciador de una automática. El hombre levantó la cabeza y sonrió torcidamente.

"¡Levonian!", gimió Drake, retrocediendo.

Bruce Levonian cerró la puerta de una patada detrás de él con el tacón.

"No te lo esperabas, ¿verdad?", murmuró.

"¿Qué haces aquí?"

"De todos modos, las botellas que puso en mi pelaje no consiguieron matarme".

"Escuche, Sr. Levonian, no tengo ni idea de qué va esto".

"¿De verdad que no?"

"Ambos sabemos -- ¡sabíamos! --- Vonda. No hay ninguna otra conexión entre nosotros".

"A ella sólo le gustaba tu dinero, Drake... Y por eso no pudo resistirse a meterse en la cama conmigo..."

El color de la cara de George Drake cambió. Se volvió rojo oscuro. "Creo que no tiene sentido discutir esto, Sr. Levonian. ¿O es realmente

por eso por lo que está aquí, amenazándome con una pistola?"

"No, esa no es la razón".

"¡Bueno, entonces estoy emocionado!"

"Tuve una conversación muy interesante con un cerdo gordo llamado Belmonte, que colocaba a gente llamada para las cosas duras. Desde porteros de discoteca hasta asesinos. Había de todo... Por desgracia, este práctico proveedor de servicios ha abandonado el mercado..."

"¿Lo mataste?"

"Sí".

"Nunca he oído el nombre de Belmonte".

"Estás mintiendo, Drake - ¿o debería llamarte "El Virus"?"

"¿Disculpe?"

"Usted es ese fantasma que dirige su organización por correo electrónico y permanece completamente en segundo plano. Es curioso, nunca hubiera pensado que fuera posible que un imbécil como usted descifrara los ordenadores del Pentágono... Realmente no pareces un genio".

"Se equivoca".

"Dios mío, solía trabajar para usted como guardaespaldas y nunca se me habría ocurrido que estaba custodiando a un hombre que trabajaba pirateando los ordenadores del Pentágono..... ¡Los barcos y las motos no lo son todo para usted después de todo!"

"¿De qué va todo esto?"

"Ahora te preguntarás cómo lo averigüé, ¿verdad? Torturé a Belmonte hasta la muerte, pero no pudo decirme nada. Tampoco pudieron hacerlo sus secuaces. No tenían ni idea".

"Entonces no entiendo cómo..."

"Llegué a ello por mi propio pensamiento. Y porque quería saborear plenamente su venganza contra mí. No se trataba sólo del maletín de dinero. También había algo personal detrás..."

El rostro de Drake se ensombreció. Ganar tiempo, pensó. Cada segundo podía ser valioso ahora.

"Tendrá que explicármelo", dijo entonces, estirándose.

"Uno de los dos matones que debían torturarme y matarme hizo un comentario al respecto. Dijo que 'El Virus' podía perdonarme por el caso del dinero y la muerte de Vonda. Pero no por haberme acostado con Vonda... Eres un hombre que planea cada pequeña cosa, Drake. No deja nada al azar ni a sus subordinados. Sin duda, el hombre tenía la misión de decirme eso. Debía actuar en mí, y mientras los tipos me torturaban, debería haberme dado cuenta en algún momento a quién tenía que agradecer todo esto. No era un riesgo para usted, porque ¿quién podía esperar que yo sobreviviera a este lío? Querías saborear al máximo mi derrota, humillarme... Vonda me habló de tus celos morbosos".

Drake respiró hondo. Apretó los labios y desvió brevemente la mirada hacia un lado, como si buscara algo. Un arma, tal vez, con la que pudiera defenderse de Levonian.

"¿Qué quieres?", preguntó.

"Mantente vivo", dijo Levonian. "Ya tengo suficiente dinero... Intentaste que me mataran... ¡y sólo podré poner fin a este embrujo si me adelanto a ti y te mato, Drake!"

"Quizá podríamos llegar a otro acuerdo..."

"No confío en ti..."

"Parece que te subestimé, Levoniano. Podría ser que me viniera bien un socio como tú... Tienes una maleta llena de dinero, pero ¿hasta dónde puedes llegar con él? Hago negocios a gran escala. Descifrar los ordenadores del Pentágono es sólo la punta del iceberg. Aunque ahora podría meterme en problemas".

Levonian sonrió.

"¿Te sigue el FBI? Cuando acabe contigo, no encontrará mucho de ti..."

"No, no es el FBI".

"¿Ah, no?"

"Uno de mis clientes. Para ser más precisos: El cliente al que vendí los datos del Pentágono está bastante descontento porque al Ministerio de Defensa se le ocurrió de repente cambiar todos los códigos por alguna razón desconocida. Ahora cree que intentaba fastidiarle...".

"No siento mucha simpatía por usted..."

"Recibirá el triple de lo que hay en su maleta si me quita a este tipo de encima. Puesto que ha acabado con Belmonte y sus hombres y el asunto es urgente, ahora estoy en un aprieto, de ahí el alto precio..."

Levonian pareció pensárselo un momento.

Drake continuó: "¿Por qué no vamos al comedor? Esto es muy incómodo. Y luego lo pensamos".

"¿Cómo se llama el hombre?"

"Lee Kuan".

Levonian silbó entre dientes.

"El pez gordo de Chinatown".

"El servicio secreto chino está detrás de él".

Drake se dio la vuelta. Levonian le siguió hasta el comedor.

"¿Una copa, Sr. Levonian?"

"¿Así que puedes mezclar algo para mí? Eso ni hablar".

"Todavía desconfían de mí".

"No puedo imaginar que sus celos se hayan desvanecido de repente..."

Levonian se encogió de hombros. "Vonda está muerta. Ambos debemos mirar al futuro".

"Su compostura me sorprende".

Drake metió la mano bajo su chaqueta. El silenciador de la pistola de Levonian se movió un poco hacia arriba. Apretó el gatillo. La bala se clavó en el respaldo de la silla. "¡Quieto!"

"Sólo quería sacar un bolígrafo y mi talonario de cheques", dijo.

"Pero luego, despacio..."

Uno tras otro, sacó su talonario de cheques y su bolígrafo. "Cuando haya liquidado a Lee Kuan, volverá a recibir lo mismo", dijo Drake mientras extendía el cheque.

Se lo entregó a Levonian.

Sonrió cínicamente, miró el número introducido y luego sonrió cínicamente. "No voy a matar a Lee Kuan", dijo. "¡Lo harás!"

Levonian apuntó con el arma silenciadora a su oponente y apuntó.

En el mismo momento, Drake levantó el bolígrafo y pulsó un pequeño interruptor que había en él. Uno hecho a medida. Se oyó un estruendo. Pero los pisos de Dakota House estaban bien aislados. Antes de que Levonian pudiera apretar el gatillo, la bala le alcanzó. Con un asombro incrédulo en el rostro, Levonian se desplomó.

Drake enfundó de nuevo la pistola con forma de bolígrafo.

Ahora tiene que mantener los nervios, pensó. Se pasó la mano por la cara. El problema con Levonian era poca cosa comparado con lo que tendría que afrontar si Lee Kuan le seguía el rastro.

Llegamos a la Casa Dokata justo a tiempo para alcanzar a George Drake. Su coche estaba aparcado a un lado de la carretera.

Drake cerró el maletero y dejó que sus ojos vagaran nerviosos. Cuando nos vio, de repente tuvo mucha prisa por ponerse al volante de su pesado Mercedes.

Aparqué justo detrás de él y tuve que frenar bruscamente para evitar golpear el parachoques de su Mercedes. Abrimos las puertas de golpe y salimos corriendo. Drake ya había arrancado el motor.

Milo presionó su carné de identidad contra la ventanilla del copiloto.

Bajó la ventanilla.

"¿Qué le gustaría? Hemos hablado largo y tendido y pensé que todo estaba claro en lo que a mí respecta".

"Hay una cosita más".

"Entonces hágalo rápido, tengo una cita de negocios".

"Tendrá que cancelarlo. Por favor, apague el motor".

La empuñadura de mi derecha fue a parar a la SIG que llevaba en la funda del cinturón.

Drake se lo pensó un segundo. Luego asintió.

"Muy bien..."

"Por favor, salga del coche".

"¿Estoy bajo arresto?"

"Encontramos el cuerpo de un hombre llamado Max O'Flaherty".

Su rostro se puso rígido. Salió del coche. Le seguí mientras rodeaba el Mercedes. Una vez en la acera, se detuvo. Tenía las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. "¡Espero que tenga una buena razón para retenerme aquí!"

"Por supuesto. Pensé que le gustaría estar allí cuando registren su

piso".

"¿Mi piso?", jadeó. "Deben de estar locos. ¿Tiene siquiera una orden de registro?".

"Los colegas a los que hemos alertado lo traerán consigo. De lo contrario, existe un peligro inminente y entonces ese documento también puede presentarse más tarde".

"Estás loco..."

"Y usted es 'El Virus', Sr. Drake. Al menos eso pensaba O'Flaherty".

Drake se quedó helado. Milo abrió el maletero. Había varias maletas dentro. "¿Planeaba un viaje largo, señor Drake?", preguntó Milo.

"Probablemente será mejor que no diga ni una palabra más sin un abogado..."

Milo sacó una de las maletas.

La abrió.

Su rostro cambió. Se puso pálido.

"Nunca has visto nada igual", murmuró.

Empujé a Drake delante de mí hasta que los tres echamos un vistazo. La maleta contenía partes del cuerpo cuidadosamente envueltas en celofán...

"Antes de que nos lo explique, debe tener en cuenta que, a partir de ahora, cualquier declaración que haga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal, señor Drake", le aclaré.

"Cierra el maletero", dijo Drake, casi en un susurro. "Es Bruce Levonian. Entró en mi piso e intentó matarme. Fue en defensa propia".

Milo cerró la bota.

"¿Se supone que alguien va a creerte ahora?"

"Tuve que hacer desaparecer el cuerpo discretamente. Pero para guardarlo en las maletas, tuve que trocearlo".

Nuestra conversación se vio bruscamente interrumpida por una

limusina de color oscuro que circulaba a toda velocidad por la carretera.

Las ventanillas laterales oscuras estaban bajadas.

Los bozales de las MPis empujados hacia fuera.

"¡Cuidado! Al suelo!", grité. Una auténtica lluvia de balas traqueteó en nuestra dirección, agujereando el Mercedes. Me agaché y saqué la SIG, pero antes tuve que ponerme a cubierto.

Milo dio un fuerte empujón a Drake, tirándole al suelo con él. Pero era demasiado tarde. Drake gritó. Había recibido un balazo. Se apretó la mano contra la parte superior del cuerpo.

La crujiente camisa blanca bajo su traje azul de doble botonadura se tiñó de rojo.

Salí de mi cobertura cuando amainó la lluvia de balas y disparé mi SIG. Apunté a los neumáticos de la limusina.

Mientras tanto, Milo llamó por radio al médico de urgencias. Corrí hacia el deportivo, abrí la puerta y lo arranqué.

Con bastante brusquedad, me abrí paso entre el tráfico. La limusina giró hacia Central Park West. Puse la luz roja en el techo. Pero eso tampoco me ayudó mucho. En el siguiente semáforo, el tráfico estaba atascado. La limusina desapareció en una calle lateral, mientras que mi deportivo quedó encajonado entre varios vehículos. Al menos había memorizado el número. Sin embargo, una consulta telefónica un poco más tarde reveló que la matrícula era errónea.

Drake fue conducido al hospital más cercano y fue operado de urgencia. Era el hospital St Clare, en la calle 52. Por supuesto, estaba bajo estrecha vigilancia.

No tanto porque temiéramos que pudiera escapar por sí mismo, sino porque era probable que quienes le habían atacado lo intentaran de nuevo. Tan pronto como su estado lo permitiera, sería trasladado a la clínica penitenciaria más segura de la isla de Riker. Pudimos hablar con él a la mañana siguiente. El médico que le atendía, un tal Dr. Sheppard, puso algunas objeciones, pero luego nos dejó verle. "El paciente solicitó específicamente hablar con usted o con alguien del FBI lo antes posible, agente Trevellian", me dijo Sheppard.

Alcé las cejas sorprendida e intercambié miradas con Milo.

"Drake aún tiene mucho que explicarnos", dije.

"¡No te prometas demasiado, Milo!"

Mientras tanto, el Servicio de Reconocimiento había puesto patas arriba el piso de Drake. Nuestros informáticos habían echado un vistazo a su ordenador. Ya no cabía ninguna duda. George Drake era "El Virus". El hombre que controlaba una organización criminal entre bastidores a través de un servidor en Rusia. Una rara mezcla de hacker y genio de los negocios. Pero parecía que se había pasado de la raya.

"Me alegro de verle, agente Trevellian", dijo en voz baja y con una sonrisa apenada.

"Ese soy yo", respondí. "El médico nos dijo que estaba muy cerca".

"Sí. Puede que ambos me hayan salvado la vida. Es extraño. Dos hombres G me salvan de un par de tiradores MPi y luego me envían a la cárcel... Por otro lado, ¡probablemente habría seguido mi camino si usted y el agente Tucker no me hubieran detenido!"

"Tarde o temprano los habría conseguido", me convencí.

"Sí", murmuró sombríamente. "Tienes razón".

"¿Qué clase de personas eran?"

"Uno tras otro. Me gustaría tener garantías".

"No soy el fiscal, soy un simple agente especial. No puedo prometerle nada".

Sus ojos parpadearon. Sus fosas nasales temblaban. Respiraba con dificultad. "Escuche, Trevellian. Los hombres que me persiguen pertenecen a Lee Kuan. ¿Te dice algo ese nombre?"

"Un acto prometedor en Chinatown", me di cuenta.

"Suponemos que gana su dinero extorsionando por protección. También regenta varios restaurantes y clubes nocturnos y tiene al menos un puñado de corredores de apuestas a su cargo."

"Lee Kuan es una marioneta del servicio secreto chino. Fue mi cliente para los datos del Pentágono".

"¿Y por qué tiene ahora un problema con él?"

"Porque cree que le he traicionado. En parte gracias a la investigación de su agencia, supongo. En cualquier caso, el Pentágono ha revisado su sistema de seguridad y Lee Kuan ha pagado mucho dinero por datos obsoletos".

"¿Qué tal si vamos por orden?", le digo.

"¡Diré lo que sea, pero tengo mis condiciones!"

"Me parece que no está en condiciones de imponer condiciones, Sr. Drake".

"Quiero vivir. Eso es todo. No me pondrán la inyección letal por Levonian, porque no tuve más remedio que matarle. Si no, él me habría matado..."

"Espero por su bien que el jurado se lo crea", comentó Milo.

"...y aparte de eso, nunca he apretado el gatillo de una pistola ni nada parecido".

"Acaban de dar las órdenes para ello. Sobre micropuntos en archivos fotográficos bastante malos. Así es como dirigiste tu organización. Estarás en la cárcel durante mucho tiempo, Drake. Tal vez incluso para siempre..."

Drake tragó saliva. "No soy un tonto. Lo sé, agente Trevellian. Pero también sé que no duraría ni dos semanas en una prisión normal. ¿Hasta dónde cree que llegan los brazos de Lee Kuan? Sería hombre

muerto".

Alcé las cejas. "¿Qué quieres?", pregunté.

"Deseo ser encarcelado bajo una nueva identidad en una prisión fuera del estado de Nueva York. Le daré a Lee Kuan para eso. Conozco sus contactos en China, sé cómo se transfiere el dinero y demás. Hay material explosivo sobre Lee Kuan en una caja de seguridad". Intentó sonreír, pero en lugar de eso su boca se torció en una mueca.

Sin duda le dolía. "Soy una persona muy meticulosa, debe saberlo. Y eso significa que siempre averiguo exactamente lo que necesito saber sobre los socios comerciales..."

"Me esforzaré para que se cumpla su deseo", prometí. "Pero ahora todo tiene que estar sobre la mesa".

"Bien". Gimió brevemente.

"Empecemos con el tiroteo en la esquina de Bedford y la Séptima Avenida. ¿Los nombres Greenhouse, Duncan y Cole significan algo para usted?"

"Tres nombres - un hombre. Desmond Cole era un asesino a sueldo que abandonó el negocio. Debería haber sido más frugal durante su tiempo activo. En cualquier caso, tenía dificultades financieras pero no quiso correr el riesgo de volver a su antiguo negocio". Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro. "¡Después de todo, tengo toda la información sobre Cole de sus bases de datos! Trabajaba para mí como mensajero de dinero. Vi como una ventaja que supiera defenderse".

"¿Dónde entregó el dinero?"

"Conmigo. En efectivo".

"¿Sabía que usted era 'El Virus'?"

"No, nadie lo sabía. Aparecí como alguien que trabajaba como pequeño intermediario en la organización de 'El Virus'. Un intermediario financiero, en otras palabras. Vonda también lo creía. La gané para la organización... Pero eso es otro capítulo".

"Desmond Cole viajaba con una maleta de dinero..."

"Anteriormente había sido muy fiable en trabajos de este tipo.

Entonces llegó el trato con Lee Kuan. La suma superaba todos los tratos anteriores de este tipo. Cole se volvió demasiado codicioso. Pensó que podía desaparecer con el dinero y salir disparado si era necesario".

"Usted envió un equipo de gorilas tras él".

"Sí.

"¿Y cuál fue el papel de Vonda? Sabemos que disparó a Cole".

"Confiaba demasiado en ella. Llegamos a conocernos y pensé... ¡Pensé que me quería!" Vaciló antes de continuar. "Probablemente fue un error. Vonda se dio cuenta de que Cole era el hombre del dinero en los tratos. Y entonces ella y Levonian debieron urdir un plan para simplemente unirse al mensajero del dinero y apoderarse de él cuando realmente diera sus frutos. Mis chicos casi intervinieron a tiempo. Bueno, su cómplice Levonian probablemente no quería compartir con ella..."

"¿Por qué Levonian no abandonó la ciudad?"

"Porque sabía que 'El Virus' lo encontraría... Tardó bastante en darse cuenta de que yo estaba detrás de ese nombre..."

"¿Qué pasó con Mark Sorello y Max O'Flaherty?", pregunté tras una pausa.

"BigByte y SmartMax..."

"Sí, exactamente".

"Dos pequeños ayudantes para 'El Virus' - pero no sin talento".

"Tenemos al asesino que tiene a Sorell en su conciencia. Cuando sepa que 'El Virus' ha sido detenido y no puede amenazarle, hablará..."

"Es posible..." Respiró hondo. Sus cejas se juntaron un poco. Parecía agotado. "Lee Kuan los tiene de su lado. Probablemente deberían averiguar quién es 'El Virus'. Estoy seguro de ello con Sorello, de todos modos".

"O'Flaherty obviamente lo sabía".

"Sí..."

"Lo encontramos en Chinatown, por cierto".

"No existen las coincidencias, agente Trevellian. Simplemente no existe..." Intentó incorporarse, pero volvió a hundirse en las almohadas y cerró los ojos unos instantes. Respiraba con dificultad. Luego, por fin, consiguió salir: "Vas a eliminar a Lee Kuan, ¿verdad? Me prometiste..."

"Que pueda desconectarlo depende de la calidad del material que haya reunido sobre él".

"¡No necesita preocuparse por eso, Trevellian! Desde luego que no!"

La casa de Lee Kuan en la calle Bayard estaba rodeada por un gran contingente. Colegas de la policía municipal nos apoyaron.

Irrumpimos en la casa con una superioridad bastante grande de hombres G. Nos recibió una docena de guardaespaldas armados. Pero fueron lo suficientemente sensatos como para acceder a nuestra petición de deponer las armas.

El Sr. Lee Kuan se indignó bastante cuando le leímos sus derechos y le pusimos las esposas.

"El trabajo de inteligencia para una potencia extranjera sigue siendo un delito", le dije tranquilamente a la cara. "Lástima para usted que 'El Virus' haya documentado sus actividades muy cuidadosamente. Usted vendió códigos de acceso a los ordenadores del Pentágono al servicio secreto chino..."

"¡Eso puede ser difícil de probar en detalle, G-man!", se mofó Lee Kuan.

"Posiblemente. Pero es suficiente para que te pongan en prisión preventiva por el momento. Todos los jueces estarán de acuerdo con eso. Y será un trabajo duro para tus abogados sacarte a la ligera".

Lee Kuan jadeó.

"Se arrepentirá de esto, me aseguraré de ello... ¡No te das cuenta de lo lejos que llega mi influencia!"

"Otros me han amenazado antes, señor Lee Kuan. Eso no me impresiona mucho", respondí con calma. Le mostré tanto la orden de detención como la de registro.

"Pero puede que aún podamos acusarle de asesinato, Lee Kuan".

"¿Por asesinato?"

"Sí - o más bien la orden de hacerlo. No me importa la evaluación legal en este caso. Se trata de un hombre llamado Max O'Flaherty. Un tipo joven. Supongo que estuvo aquí".

"Nunca he oído hablar de ello".

"Encontramos un pasaporte australiano falso con el nombre

original John Smith", intervino Milo. "Alguien debió ayudarle a conseguir uno de éstos".

"A cambio, O'Flaherty probablemente tuvo que averiguar quién era 'El Virus' para usted", continué. "Y luego fue abandonado fríamente..."

"¡Pruebas!" gruñó Lee Kuan. "¡Lo que tienes es sólo palabrería!"

Las pruebas salieron a la luz durante el registro de la casa.

En concreto, se encontraron muestras del veneno que el forense había detectado en la sangre de O'Flaherty. Sólo hubo que añadir un poco a una bella compañera de juegos del gran jefe llamada Terry, que confirmó la presencia de O'Flaherty en la casa de Lee Kuan. Una casa, por cierto, que estaba casi completamente vigilada por vídeo. Excepto los lavabos. Imaginé cómo Max O'Flaherty había aprovechado allí para escribir las pocas palabras en las plantas de sus pies que finalmente nos habían puesto sobre la pista de su asesino. Debió de sospechar que Lee Kuan iba a dejarle saltar la cuchilla a sangre fría.

La detención de Lee Kuan saltó a los titulares.

También hubo algunos enredos diplomáticos menores porque los contactos de Lee Kuan en el servicio secreto chino tenían pasaporte diplomático y trabajaban en la embajada de Washington y en la de la ONU en Nueva York. Fueron expulsados. Me molestó que no se pudiera contactar con estas personas debido a la inmunidad diplomática, pero así era la ley.

George Drake fue condenado a una larga pena de prisión. La cumplió bajo una identidad falsa en otro estado federal.

"Puede que incluso esté más seguro en prisión que fuera ", dijo Milo cuando volvimos a hablar del caso más tarde. "Después de todo, es poco probable que su reputación con el servicio secreto chino sea la mejor en los próximos años..."

"Sólo espero que a nadie se le ocurra poner a este tipo a cargo del ordenador de la biblioteca de su prisión ni nada por el estilo...", le contesté.

Milo sonrió ampliamente. "En ese caso, seguro que nos enteraríamos", dijo y terminó su café.

FIN


El Corresponsal

Table of Contents